

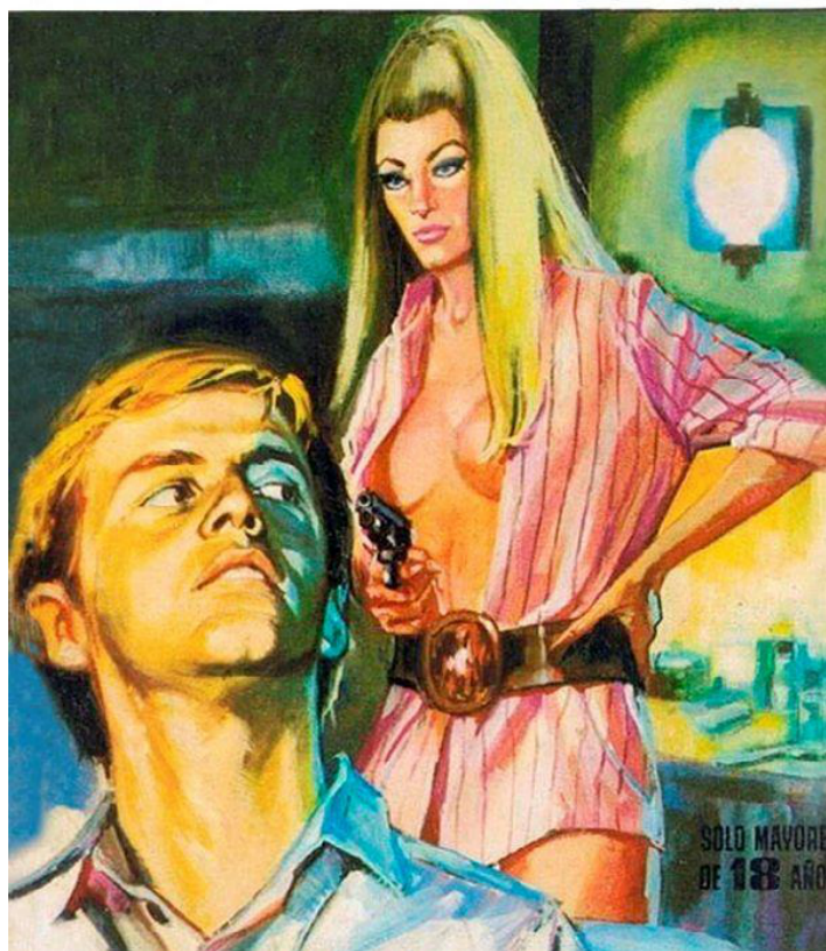
BOLSILLOS BALBUENA

PUNTO

ROJO

PANTERA DE FUEGO Y ORO

Burton Hare



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



BURTON HARE

**PANTERA
DE FUEGO Y ORO**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 859
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 26.154 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: octubre, 1978

© Burton Hare - 1978

texto

© Miguel García - 1978

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1978

CAPÍTULO PRIMERO

Tenía una cabellera rubia y un cuerpo ondulante, prieto, con agudos pechos. Al muchacho que caminaba junto a ella le parecía que esa noche sí, esa noche había alcanzado el cielo con la mano.

Nunca imaginó siquiera que pudiera conseguir una mujer como ella en todos los días de su vida.

—¿Qué hora es, querido? —susurró la mujer.

Tenía una voz acariciante, profunda, de la que parecía desprenderse tanto atractivo sexual como de todo su cuerpo junto.

—Faltan minutos para las doce...

—Entremos ahí, tengo sed.

El la siguió dócilmente y se acomodaron en la barra de un bar discretamente iluminado.

Vestía bien. Realmente, vestía como una reina, pensó él, encandilado.

Tomaron unas bebidas, apenas sin hablar. El solo sabía mirarla. Era un adolescente para quien una mujer estatuaría como aquélla significaba el compendio de todos sus sueños eróticos.

Por muchas vueltas que le diera a la cosa, aún no comprendía cómo había sido tan afortunado al conseguir ése «ligue», de un modo tan fácil...

Media hora más tarde estaban de nuevo en la calle.

—Vivo aquí cerca —dijo ella—. Tengo un apartamento para mí sola. Antes lo compartía con otra chica, pero todo eran líos.

—En estos tiempos, disponer de un apartamento es una suerte... Oye, preciosa, no me dijiste cómo te llamas.

—Edith. ¿Y tú?

—Harry.

—Bueno, Harry, ya hemos llegado. Debe ser muy tarde... El miró el reloj una vez más.

—Las doce y treinta y cinco.

Subieron al apartamento. Era realmente pequeño, pero amueblado con un gusto caro y un poco estridente. El miró, en torno, un tanto cohibido, mientras ella se desprendía de los guantes y los abandonaba junto al bolso, en una butaca.

—¿Quieres beber algo?

El sacudió la cabeza.

—No, ahora no, gracias.

—Ya sé lo que quieres... pero, con prisas, estas cosas nunca salen bien, ¿no te parece?

—Edith...

Ella sonrió. Aquella sonrisa pareció llenarle de calor, penetrarle hasta los huesos.

—No tienes mucha experiencia tratándose de mujeres, me parece a mí. El se ruborizó.

—No mucha, ésa es la verdad.

—A lo mejor, incluso te ganarás una regañina por llegar tarde a casa.

—No te burles. Ya dejé de ser un chiquillo hace mucho tiempo.

—No quería burlarme de ti. Me encanta hacer el amor con un chico tan joven. Quítate la chaqueta, ponte cómodo.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Cambiarle de ropa.

La siguió con la mirada cuando abrió una puerta y desapareció. Casi se atragantó al ver que no cerraba aquella puerta.

La oyó canturrear y, paso a paso, se acercó al umbral en el que se había encendido una luz.

Edith estaba quitándose el costoso vestido. Tenía algunas dificultades para hacerlo porque, al parecer, se le había quedado trabado por encima de la cabeza. El tragó saliva con dificultad, porque era la imagen más esplendorosa que recordaba haber visto en todos los días de su vida.

Debajo del vestido no llevaba nada más que dos diminutas prendas como un bikini, pero de un tamaño que habrían hecho hervir las aguas del mar si se hubiera exhibido, así, en la playa. Eran negras; puro encaje.

Al fin pudo librarse del vestido. Entonces le descubrió, paralizado allí como una estatua.

—Eres un fisgón, ¿eh? —rió—. Ven aquí.

El avanzó como si pisara un cristal muy delgado.

La muchacha tendió los brazos, le atrapó entre ellos y, de pronto, su boca fue una llama viva y burbujeante que explotó en sus labios, voraz, dominante.

El muchacho deslizó las manos por la tersa espalda sintiendo la aterciopelada piel quemarle los dedos. La estrujó como si, de repente, tuviera prisa por gustar las mieles de todo el placer que ella le brindaba, mientras el beso parecía absorberle no sólo el aliento, sino hasta la vida a través de su boca.

Luego, ella se apartó, mirándole con una chispa de burla en sus pupilas.

—No sabes nada de nada, querido mío —runruneó—. Habré de enseñarte toda la lección... ¡Caray, casi lo olvido! ¿Qué hora es?

El se la dijo, una vez más, en esa noche que se le antojaba un torbellino. Con voz ronca aún añadió:

—¿Qué te pasa con las horas?

—He de hacer una llamada. Déjame un minuto... un minuto tan sólo. Puedes empezar a quitarte cosas, entre tanto.

Descolgó el teléfono y marcó un número. Al tercer timbrazo, una voz de hombre indagó:

—¿Sí, quién llama?

—Edith.

—¡Preciosa!

—¿Sabes algo ya?

—Todavía no, pero no te preocupes, todo saldrá bien. ¿Te ocupaste de tener una buena coartada?

Ella miró al chico de reajo.

—Seguro, eso está resuelto.

—De todos modos no debes preocuparte, tampoco. No creo que vayas a necesitarla porque todo está funcionando como un reloj.

—¿Me llamarás cuando sepas algo seguro?

—Naturalmente.

—Suerte.

Colgó. Una amplia sonrisa distendía sus carnosos labios.

—Ya está —dijo—. No más preocuparse por el reloj ni por nada de este mundo, como no seamos tú y yo. A partir de ahora...

Casi le empujó hacia el lecho que estaba detrás de él.

Se desplomaron juntos, abrazados, jadeando al hundirse en el

juego más viejo del mundo.

Aunque para el muchacho resultó nuevo, delirante como la más absoluta y profunda locura que pudo imaginar.

CAPÍTULO II

La iluminada cabina telefónica destacaba en la noche como la luz de un faro. De vez en cuando, un coche pasaba raudo por la carretera, y al perderse volvía el silencio, roto por el rumor de las olas que batían el cercano acantilado.

A la una en punto de la madrugada, un largo «Cadillac» negro apareció remontando la cuesta. Los faros barrieron las tinieblas de la carretera. El gran coche disminuyó la marcha y acercándose al arcén, acabó parándose apenas hubo rebasado la cabina telefónica.

Era un *sedán* de lujo, brillante y bien cuidado. Sólo había un hombre sentado ante el volante, un hombre que pareció titubear.

Luego, deslizándose por el asiento, abrió la portezuela de la derecha, tomó una gran cartera de mano y, apeándose, caminó hacia la cabina sin cerrar la portezuela.

Entró y la luz inundó su rostro lívido. El rostro de un hombre de unos sesenta años, alto, con una espesa cabellera gris. Su cara pálida era aguileña y estaba crispada por una mueca de angustia.

Dejó la cartera de mano en el suelo, sacó un pañuelo y secándose el sudor de la frente salió de la cabina y, regresando al coche, lo puso en movimiento, giró en la carretera y se marchó por donde había llegado.

Durante casi dos minutos no sucedió nada. Sólo un coche pasó a toda velocidad rumbo a la ciudad.

Después, de las tinieblas que cubrían el otro lado de la ruta, se desgajó una sombra. El hombre abandonó la protección de los matorrales y se detuvo un instante, escuchando. No oyó ningún motor en ninguna dirección.

Atravesó el asfalto hacia la cabina. Entró y tomó el maletín. Lo abrió.

Dentro se amontonaban los fajos de billetes. No pudo contener un breve grito de entusiasmo, porque ante sus ojos tenía un millón

de dólares en billetes viejos.

Lo cerró, con las manos temblándole. Salió de la cabina y atravesando la carretera fue hacia donde estuviera escondido, vigilando.

Entre los matorrales había un «Walky-Talky» semejante a los empleados por la policía. Lo tomó y apretando el botón dijo con voz baja, el aparato pegado a la cara:

—¡Ya lo tengo!

—¿Todo bien? —preguntó una voz metálica, cuando dejó libre el circuito de recepción.

—Ningún problema. El viejo ha venido solo, en su coche, tal como se le ordenó.

—¿Nadie siguiéndole?

—No. Me he asegurado de eso. Ya puedes venir a recogerme. Desconectó y plegó la antena telescópica del aparato.

Dos minutos más tarde, procedente de la dirección de las colinas, apareció un coche color crema, convertible, que fue a detenerse allí donde el hombre del maletín esperaba.

Éste arrojó el millón de dólares dentro del coche, y luego el «Walky-Talky».

—Ha sido más fácil... que quitarle la merienda a un niño, palabra —comentó, alargando la mano para abrir la portezuela.

Sólo entonces vio el enorme cañón que le apuntaba. Desorbitó la mirada. El hombre del coche sólo dijo:

—No lo sabes tú bien... lo fácil que ha sido.

Y disparó. La pistola con silenciador apenas si produjo algo parecido a un susurro. Pero la pesada bala le dio al otro sobre al puente de la nariz, y la mitad de su cráneo voló por los aires antes de caer de espaldas en los mismos matorrales que les sirvieran de escondite.

El coche volvió a ponerse en movimiento, apartándose del arcén. Aceleró y se perdió pronto en dirección a la ciudad.

Apenas las luces rojas se hubieron esfumado en la distancia, un hombre se levantó del suelo, más allá de la cabina telefónica. Corrió hacia ésta, introdujo unas monedas y disco un número que sabía de memoria.

Una voz bronca llegó a su oído.

—¿Max?

—Soy yo. Toma nota... la matrícula es RXI-528-C, convertible, color crema.

—¡Bravo! Envío un patrullero en tu busca, Max.

—¡Date prisa, por todos los demonios!

Colgó y atravesando la carretera fue a dónde estaba el cadáver.

Se quedó mirándole unos instantes.

—El tipo no quiere repartir el botín, ¿eh, camarada?

El muerto no podía responderle. El encendió un cigarrillo y después dio un vistazo al contenido de los bolsillos del fiambre.

No llevaba ningún documento.

Se enderezó y empezó a pasearse de un lado a otro, dominado por la impaciencia.

Al fin un auto-patrulla llegó rugiendo. Max saltó dentro casi antes de que se detuviera.

Sin necesidad de ninguna orden, el conductor dio la vuelta y salió zumbando cuesta abajo a creciente velocidad, aunque sin utilizar ni la sirena ni los faros de la capota.

Max descolgó el radio teléfono y consiguió conexión casi al instante.

—¿Qué has averiguado sobre el coche, Larry?

—No está en las listas de coches robados. Registrado a nombre de Edith Moran, Laurel Boulevard, ciento nueve, en Santa Mónica.

—¡Voy para allá!

El chófer había oído la dirección y cambió de ruta sin necesidad de más indicaciones. Tampoco utilizó la sirena, pero sí los faros esta vez, aumentando la velocidad hasta casi cien millas.

Max se recostó contra el respaldo, encendió un cigarrillo y se negó a pensar en las consecuencias de todo esto, si su corazonada fallaba...

El guardia que viajaba en el asiento posterior, dijo:

—¿Tampoco usted puede decirnos qué infiernos se está cociendo, amigo? Todo lo que nos dijeron fue que debíamos recogerle y seguir sus instrucciones.

—Y están haciéndolo muy bien.

—¿Qué estamos haciendo? Eso es lo que quiero saber.

—Pregúntenle al teniente Trivett.

—Ya veo...

El chófer rió entre dientes. Apretó un poco más el acelerador

cuando pasó zumbando a una pulgada de un camión *trailer* de veinte toneladas.

Las calles pasaban raudas por las ventanillas según la perspectiva de Max, hundido en el asiento. Los chispazos de los faroles que pasaban y quedaban atrás, semejaban relámpagos que espoleaban su impaciencia y aumentaban su angustia.

El conductor hizo un buen trabajo. Llegaron en un tiempo récord.

—Esperen aquí.

Comprobó la carga de su «38». El guardia dijo:

—Oiga, si cree que va a tener dificultades mejor que vayamos con usted. Vance.

—Olvídelo. Hay ciertos trabajos que un policía no puede hacer. Esto es cosa mía.

Los dejó tratando de desentrañar esta frase.

Escuchó pegado a la puerta del apartamento que buscaba. No oyó nada, así que tomó impulso y se arrojó de costado contra la madera. Hubo un estrépito cuando la puerta saltó, golpeó la pared como un cañonazo, y él entró dando traspiés.

Oyó un grito más allá de una puerta entornada. Con el revólver por delante atravesó el umbral y se quedó viendo los dos cuerpos desnudos que trataban de desenroscarse sobre la cama.

El chico le miraba aterrorizado.

La hermosa rubia se incorporaba poco a poco.

—¿Edith Moran? —graznó Max.

—¿Quién demonios es usted? Aparte ese chisme...

—¿Cómo te llamas, chico?

—Harry... Harry Huston...

Su voz se quebró.

—Levántate.

—Sí, sí señor...

Ella giró como una peonza y su mano se lanzó hacia la mesilla de noche. Max gruñó:

—Abre ese cajón y te quedas sin tu blanca mano, nena. Éste es un juego muy rudo para andarse por las ramas.

El chico estaba poniéndose los pantalones. Temblaba como una hoja.

—Dame tu documentación, aprisa.

Se la entregó. Max vio que el nombre era auténtico. Se embolsó los documentos y rugió:

—Si no tienes nada que ver en este lío los recibirás por correo. Ahora, largo de aquí. Termina de vestirte en el pasillo.

—Lo que usted diga... sí... señor...

Salió disparado.

Max se acercó a la rubia. Le pegó un revés de tal calibre que le envió dando tumbos hasta que cayó al suelo por el otro lado de la cama.

Abrió el cajón de la mesita. Dentro había una automática europea de pequeño calibre.

Se la guardó también.

La rubia estaba levantándose con un hilillo de sangre deslizándose de sus labios rotos.

—Ahora, habla y aprisa. ¿Dónde la tienen?

—¿De qué infiernos he de hablar?

—Voy a desperdiciar un minuto contigo, todo un minuto. Después, te dejaré de tal modo que cuando vuelvas a verte en el espejo te darán ganas de vomitar. Hay una muchacha secuestrada en alguna parte. Es mayor, veinte años o así, de modo que no la dejarán viva ni después de haber cobrado el rescate, porque podría identificar a sus raptos. ¿Entiendes? Bueno, tú estás metida en el juego y vas a cantar ahora hasta que te diga que te calles. —¡Está loco!

—Seguro. Además de loco, yo mismo he visto cómo recogían el rescate con tu coche.

—¡Me lo robaron!

—¡Qué te parece! Un coche como ése no vale lo suficiente para que presentes una denuncia, ¿eh?

—No sabía... quiero decir, que deben habérmelo robado sin enterarme hasta ahora...

—¡Qué cosas! ¿Crees que esos tipos improvisan? No dan un paso sin tenerlo calculado al segundo, incluidos los coches que necesitan. Se proveen de ellos con días de anticipación si han de robarlos, y el tuyo no lo robaron.

—¡Vete al demonio! No sé nada de nada.

Sin previo aviso, él le descargó un golpe con el cañón del revólver. No fue un golpe demasiado duro, porque de haberlo sido

hubiera podido matarla. Pero resultó suficiente para que el cañón abriera un surco sangriento en su pómulo. Ella chilló y rodó al suelo otra vez.

Max la atrapó por los cabellos levantándola en vilo. A rastras la llevó al cuarto de baño y le sostuvo la cabeza delante del espejo.

—¡Mírate, zorra! —bramó—. ¡Mira cómo está quedando tu cara!

Ella miraba su propia imagen con los ojos desorbitados. Vio el surco abierto, la sangre; sus labios rotos que empezaban a hincharse.

El remachó:

—Cuando acabe contigo, la imagen que ahora ves será tan sólo un recuerdo.

De un tirón la arrojó contra la pared. Su cabeza golpeó las baldosas y se desplomó sentada al suelo. El fue hacia Edith sin prisas, blandiendo el revólver.

La muchacha tenía las piernas abiertas, flácidas, y todo su hermoso cuerpo estremecido. Vio levantarse de nuevo el revólver sobre su cara.

—¡Basta! —chilló, llevándose las manos al rostro.

—¿Dónde?

—En los muelles... un almacén abandonado... —Concreta más. ¿Dónde?

—Kingsdom Drive... No sé el número. Hay un rótulo negro cayéndose sobre el tejado... algo de... de yates o algo así...

—Si has mentido, y la muchacha muere, maldita zorra, no tendrán tiempo ni de juzgarte porque te haré pedazos.

Enfundó el revólver y se lanzó fuera del apartamento.

Los dos guardias mantenían a distancia a los alarmados vecinos.

—Vamos —dijo Max—; uno de ustedes quédese aquí. Cuando esa fulana se haya vestido, póngale las esposas. Acusada de rapto.

El chófer le siguió escaleras abajo. Instantes después, mientras Max comunicaba por el radioteléfono, el coche-patrulla ganaba velocidad en una carrera contra el tiempo. O contra la muerte.

La muchacha estaba atada de manos y pies sobre un sucio y revuelto camastro. Su bellísima cara, pálida y con profundas ojeras, no se apartaba del hombre que hablaba por teléfono. Casi absorbía las palabras que oía, porque ella sabía lo que significaban.

El tipo del teléfono graznó con entusiasmo:

—¡Ya era hora, hombre!... Sí, eso puedes darlo por hecho... Seguro. Pero antes nos daremos un lote Billy y yo, ¿eh? Está bien, cuida mi parte del dinero como si fueran polluelos.

Rió al colgar. Volviéndose hacia su compañero anunció:

—Ya lo tienen. Un millón, ni un dólar menos.

—Bueno, acabaremos con eso de una vez. Quiero salir de esta ratonera.

—No tengas prisa, idiota. Te dije que esa gacela me volvía loco, ¿no? Bueno, es toda nuestra, ahora.

La chica se debatió con desesperación. La apretada mordaza casi la ahogaba, pero no tanto como el terror la angustia y el asco.

Llevaba unos pantalones ajustados y una blusa fina, rasgada de mala manera dejando al descubierto los delicados encajes del apenas existente sujetador.

El hombrón del teléfono se dirigió hacia ella con una mueca lasciva en su cara sin afeitar.

—Tranquila, paloma... después de todo, no es nada malo. Apuesto que lo has hecho cien veces con tus amiguitos. La juventud de ahora no os andáis por las ramas a la hora de revolcarse en la cama.

El otro gruñó:

—Cuanto antes la liquidemos y nos larguemos de aquí nos evitaremos riesgos inútiles. Tienes mujeres a puñados en todas partes. ¿Qué tiene ésta de especial?

—Pero, hombre, ¿es que no te has fijado en ella? En tu vida has visto un cuerpecito tan precioso como éste.

—Bueno, date prisa, no vayamos a fastidiarla en el último minuto.

El otro se encontró de pronto con un problema.

—¡Maldita sea! ¿Cómo la desnudo sin desatarla?

—Córtale las ropas, pero acaba de una vez.

—Tienes razón...

Fue en busca de un cuchillo y riéndose cortó el sujetador de un solo tajo. Los pequeños, agudos y firmes senos quedaron ante sus ojos, estremecidos, vibrantes.

—¡Ajá! Eso está bien, paloma...

Le arrancó lo que quedaba de la blusa. Luego, con la punta del cuchillo, cortó la pretina del pantalón y de nuevo se rascó el cogote,

preocupado.

—Bueno, habré de soltarle los pies.

—¡Maldita sea! ¿Es que vas a quedarte a vivir aquí o qué? Acabemos y búscate otra cualquiera.

—Olvidalo. Tiene que ser ésta.

—¡Pues córtale los pantalones de arriba abajo, maldito idiota!

—¿Y qué gano con eso? Seguirá teniendo las piernas apretadas por las cuerdas.

El otro resopló, colérico. Sacó una pistola equipada con silenciador y gruñó:

—Tienes diez minutos, pedazo de bestia. Ni uno más.

—No me vengas con prisas.

Cortó las ligaduras que sujetaban los tobillos de la muchacha. Se rió al agarrar los pantalones para tirar de ellos.

—¡Mírala bien, Billy! ¿Viste alguna vez otra parecida?

Arrojó los pantalones a un lado. El otro se quedó boquiabierto mirándola, olvidado de que empuñaba una pistola.

—¿Sabes una cosa, gorila? —graznó—, voy a hacerte caso... no tenemos prisa.

—Claro que no, ya te lo dije. Pero yo tengo preferencia, ¿eh?

Se inclinó sobre la muchacha casi babeando. Salvajemente, empujada por la desesperación, la chica disparó un puntapié que le cazó en mitad de la cara.

El hombrón cayó sentado al suelo, rojo de ira. De su nariz empezó a brotar la sangre.

El otro se echó a reír como un loco.

—¡Cállate! —rugió levantándose—. ¡Deja de reírte o te parto por la mitad!

Jadeando, Billy cacareó:

—¡No digas que no es divertido...!

—Ahora verás lo divertido que es. Voy a dibujarle mis iniciales en la piel, con el cuchillo, cada vez que trate de resistirse. Veremos quién se divierte más. ¿Lo oyes, zorra del demonio? Inténtalo otra vez y te desuello.

Ella le miraba, despavorida.

El forajido se encaramó al camastro. Se lamió la sangre de los labios.

—Bueno, vamos a jugar un poco, y hasta es posible que te guste,

¿eh?

La atrapó entre sus manazas.

Sonó el bronco rugido de un revólver. La cabeza del fulano pareció estallar y el corpachón dio un crispado salto, desplomándose fuera del camastro.

El otro se volvió rugiendo. La primera bala le cazó un poco más abajo del cinturón, arrojándole contra la mesa. Rodó al suelo, aún aferrado a su pistola. Otra bala le barrenó la espalda, y una tercera le golpeó como un martillo pilón bajo la tetilla derecha.

Max Vance se irguió al lado de la puerta por la que se había deslizado. Atisbo con cuidado, temeroso de que hubiera algún otro rufián por los alrededores. Luego, con cautela, avanzó hacia el camastro.

La muchacha desnuda se había desmayado.

Desde la puerta, el chófer del coche-patrulla asomó la cara y el revólver.

—¿Necesita ayuda, Vance?

—No, están muertos.

—¿Y la chica?

—Sólo desmayada. Pida una ambulancia por radio.

El tomó los pantalones y se los puso a la hermosa muchacha inconsciente. Estuvo seguro que por años que viviera nunca olvidaría la deliciosa filigrana de ese cuerpo joven que ahora se estremecía entre sus brazos.

—Cálmate, Fran... ya pasó...

—¿Qué, qué...?

—Soy Vance, Max Vance. ¿Te acuerdas de mí?

—¿Max?

—¡Ajá!

Ella echó la cabeza atrás y le miró.

—¡Max Vance! —sollozó—. ¡Oh, Dios mío, gracias por haber llegado tan a tiempo...!

—Justo le fue.

Ella buscó con la mirada a los pistoleros muertos. No pareció afectarse demasiado al ver al tipo casi decapitado.

—Esa bestia, Max... iba a...

—Lo sé. Vi lo que se disponía a hacer. Olvídalo. Estas cosas hay que olvidarlas pronto antes que se conviertan en una obsesión fatal.

—Sácame de aquí.

—He pedido una ambulancia. Necesitas cuidados.

—Estoy bien, de veras... sólo nerviosa por todo ese tiempo encerrada aquí... con ellos... sabiendo lo que harían conmigo cuando tuvieran el dinero en su poder.

—De todos modos...

—Llévame a casa. Papá debe estar muerto de angustia.

—Lo ha soportado bastante bien.

—Estoy segura que sólo gracias a ti.

—Bueno, me llamó después que esos bastardos se pusieron en contacto con él la primera vez.

El guardia entró y pareció muy sorprendido al ver cómo la muchacha abrazaba a Vance.

—Éste... la ambulancia está en camino.

—Me parece que nos hemos precipitado, amigo. La chica se encuentra bien. Sólo quiere regresar a su casa. ¿Quiere llamar al teniente Trivett y decírselo? El querrá interrogarla, de modo que la encontrará allí.

—Está bien, Vance, llamaré un taxi por radio.

Volvió a desaparecer. Ella se sentó en el borde del camastro y pareció como si no pudiera apartar la mirada del rostro sombrío de Max.

—Me atraparon del modo más estúpido —susurró—. Aún no comprendo cómo pudieron saber que yo iba a asistir a aquella reunión.

—Ya hablaremos de eso. Ahora sólo cálmate.

—Dime cómo pudiste encontrarme. Ellos me habían dicho que si papá denunciaba el rapto, o daba publicidad al hecho, me matarían. Pero yo sabía que iban a matarme de todos modos... ¿Cómo es posible que tú pudieras localizar este agujero?

—Es largo de contar. Desde el principio estuve seguro que no eran profesionales del rapto. Pistoleros, tal vez, y asesinos, pero no expertos en esta clase de delitos. Confié en eso y salió bien.

—Aún no he comprendido nada.

—Bueno, fui con tu padre en el coche, cuando llevó el rescate. Me tendí en el suelo, y cuando él abrió la portezuela al lado de la carretera, me dejé deslizar fuera mientras él se apeaba con el dinero. Todo lo que tuve que hacer fue rodar en la oscuridad y

esperar.

—Quieres hacer que parezca sencillo, ¿verdad? Te jugaste la vida, eso es lo que hiciste. Si te hubiesen descubierto...

—Lo creas o no, corrías tú más peligro que yo si me hubieran visto.

De nuevo volvió el joven policía.

—Hay un taxi en camino, y la ambulancia está a punto de llegar.

—Servirá para esas carroñas. ¿Habló con el teniente?

—Irás a casa del señor Stone tan pronto pueda.

—Gracias, amigo. Hizo usted un buen trabajo.

—¿Yo? Me limité a conducir. Quien hizo un trabajo expeditivo fue usted, Vance.

La sirena de la ambulancia acercándose les interrumpió haciendo que el guardia saliera disparado.

Cuando se alejaron en un taxi empezaban a llegar todos los coches policíacos del área, periodistas, fotógrafos y peritos. En unos minutos, el viejo almacén se convirtió en un manicomio, que ellos dejaron atrás en una noche que pudo haber sido la última para la deliciosa muchacha llamada Fran.

CAPÍTULO III

El millonario vació su vaso de *whisky* y murmuró:

—Nunca olvidaré eso. Vance. Sin ti, mi hija estaría muerta a estas horas.

—Le repito que tuvimos mucha suerte. Había una posibilidad entre mil, y fue la que nos salió bien.

El viejo sonrió.

—No puedo quitarme de la cabeza lo que parecías, tumbado en el coche, a mis pies —comentó—. Te confieso que no creí que saliera bien...

—Yo no podía quitarme de la cabeza que el maldito maletín que me rozaba la nariz contenía todo un millón de dólares... eso era lo que me ponía nervioso. Menos mal que ahora lo recobraré, cuando esa zorra rubia confiese quién es su cómplice.

El doctor descendió las escaleras. Anunció que la muchacha necesitaba reposo, y que, por lo demás, se encontraba perfectamente. Hizo un par de comentarios más y se largó a escape, casi tropezando con el teniente Trivett en la puerta.

El policía era un hombre de unos cuarenta años, a quien comenzaba a redondeársele la barriga. Tenía una cara angulosa y unos ojos astutos y vivos.

—Señor Stone, me alegra que todo haya salido tan bien... ¿Cómo se encuentra su hija?

—¡Hola, teniente...! Fran se acostó y el doctor le ha dado unos calmantes. Estaba muy nerviosa.

—Lo comprendo. ¿Cuándo cree que podré hablar con ella?

—Deberías dejarla en paz durante unas horas. Ha pasado por muy malos tragos.

Trivett se volvió hacia Max.

—Sí, ya sé algo de eso. El tipo a quien le volaste los sesos estaba casi sobre ella... Bien, veamos si podemos aclarar un poco este

embrollo. ¿Tienes idea de quiénes eran todos estos bastardos?

—¿Y tú me lo preguntas a mí? Yo no dispongo de archivos ni ficheros de maleantes, teniente. Además, la declaración de la rubia tiene que...

Trivett le interrumpió con un gesto.

—No hay ninguna rubia, Max.

—¿Qué?

—Él idiota del guardia... La dejó sola en el dormitorio para que pudiera vestirse. Le faltó tiempo para largarse por la escalera de incendios, y hasta ahora.

Max se puso rojo.

—¡Condenación! ¿Cómo piensas recuperar el millón de dólares, ahora? —rugió.

No me lo preguntes. Quizá tengas otra de tus brillantes ideas. Si te hace feliz, ahorcaré a ese guardia ingenuo, ¿eh?

—¡Vete al demonio!

—Tú también te pasaste de rosca, amigo. Debiste dejar vivo a alguno de ellos.

—¿De veras?

El millonario carraspeó.

—Deseo recobrar mi dinero, por supuesto, pero quiero que sepan que no es lo más importante. Habiendo recobrado a mi hija, incluso un millón de dólares es algo secundario.

—Si viviera usted con mi sueldo no diría eso —rezongó el policía—. Por supuesto, haremos todo lo que podamos para echarle la vista encima a ese dinero y al fulano que se quedó con él. Nuestra única pista es la rubia, esa Edith Moran, y su coche, aunque éste seguro que lo abandonarán.

—Con un millón de dólares pueden darse el lujo de abandonarlo —refunfuñó Max.

—Supongo que no pudiste ver al tipo que lo conducía...

—Nada. Yo estaba aplastado contra la hierba, fuera del área de luz de la cabina. Apenas levanté la cabeza para ver la matrícula. El tipo era sólo una mancha.

—Me preocupa otra cosa, también —dijo Trivett—. Lo planearon todo muy bien, y sin embargo, fueron lo bastante idiotas como para utilizar ese coche, registrado a nombre de la fulana rubia. ¿Por qué, se te ocurre una explicación?

—Cinco días después del rapto, se sentían seguros. Y habían abandonado los dos coches robados que utilizaron para llevarse a Fran. Ésa es la única explicación, a mi modo de ver. Ellos sabían que esos coches abandonados ya no les servían porque después de cinco días ni un solo patrullero ignoraba su existencia.

—Sí, es posible. Otra cosa, Max. El tipo al que mató el hombre del coche se llamaba Jud Caine. Era un hampón barato conocido de la policía. Un tipo que en toda su vida se había metido en una cosa tan grande como ésta.

—Y te apuesto que los otros dos serán poco más o menos lo mismo. El que organizó el negocio junto con la rubia no necesitaba lumbreras, sino peones a los que liquidar una vez terminado su trabajo.

En alguna parte de la casa sonó un teléfono. Un instante después, una sirvienta asomó por la puerta.

—El señor Gibbons, señor, desde Nueva York. Pregunta por la señorita...

—Yo le atenderé. Pásame la comunicación aquí.

La muchacha desapareció. El millonario descolgó el auricular y dijo:

—¿Eddie?... Perfectamente, muchacho. ¿Cómo te va por ese manicomio del Este?... Claro, lo comprendo. No, lamento que Fran no pueda ponerse al teléfono. Se encuentra un poco indisputada y ahora duerme... ¿Cómo? No, nada serio, ya sabes cómo son las mujeres... Sí, me parece bien. ¡Adiós, Eddie...!

Colgó. Volviéndose dijo:

—El novio de Fran. No sabe una palabra de esa terrible experiencia por la que ha pasado.

—¿Está en Nueva York?

—Seguro. Negocia en la Bolsa y se encuentra en viaje de negocios. Cuando se entere de lo sucedido le dará un síncope...

Trivett gruñó:

—Pues tiene unas horas condenadamente impertinentes de llamar, a mi modo de ver. —Teniente, en Nueva York se rigen por otro horario. Casi debe ser de día, allí.

Max encendió un cigarrillo.

Creo que debemos largarnos, Larry —gruñó—. Por la mañana podrás hablar con la muchacha, aunque no creo que pueda decirte

nada que no sepas. Pudo haber identificado a los dos fulanos que la custodiaron, pero tienes sus carroñas, de modo que eso ya no importa.

—Quizá vio al otro... al que debía llevar la batuta. Una descripción del tipo nos vendría muy bien.

—Ojalá le hubiera visto... Señor Stone, nos veremos mañana. Y en cuanto al dinero...

—Sigues sin querer cobrarme nada por lo que hiciste, ¿eh, Max?

—Aunque quisiera, no podría. Usted hizo de mí lo que soy. Sin duda, ahora probablemente estaría en la cárcel, embrutecido o muerto. No, señor. No voy a cobrarle por ese trabajo.

—Voy a proponerte algo entonces... Busca el dinero. El cincuenta por ciento de cuánto recuperes será tuyo.

Trivett contuvo el aliento, estupefacto.

Max sonrió.

—Sigue empeñado en pagarme, ¿eh, señor Stone?

El viejo sonrió. Eso fue todo.

—De acuerdo. Quizá pueda tomarme unas vacaciones...

Se estrecharon las manos, y Max abandonó la lujosa residencia en compañía del policía.

Trivett esperó a que Max se sentara a su lado, en el coche, y emprendió el regreso a la ciudad por los empinados paseos de las colinas. Hollywood Hills a esas horas parecía un hermoso mundo muerto.

—Eres un tipo raro, Max —comentó—. Podrías haberle presentado una cuenta astronómica al viejo. La habría pagado sin chistar.

—Podría, pero no quiero.

—A veces pienso que eres idiota.

—No deberías decir eso, tú, conociendo como conoces mi pasado.

—No lo olvido. Cuando te metí en chirona no hubiera dado un centavo por ti. Eras una pura basura.

—Ahí tienes. Levanté cabeza gracias al viejo Stone.

Trivett no dijo nada durante un rato. Luego, de pronto, exclamó:

—¡Cristo, si le echas el guante al millón de dólares te harás rico! ¿Tienes alguna idea de por dónde empezar?

—Algo muy vago.

—Es mucho más que nada, y eso es lo que tengo yo.

—Había un chico muy joven con la zorra rubia, cuando irrumpí en su apartamento. No me pareció que estuviera metido en el caso... más bien era un capricho erótico de esa pantera de larga cabellera dorada. Lo dejé marchar, pero me quedé con su documentación. Quizá él sepa algo de la fulana que nosotros ignoramos.

—Por lo menos, sabrá cómo se la siente, desnuda, en las manos —rió Trivett. Y añadió—: ¿De veras era un monumento?

—Y te quedas corto. Pocas veces he visto un cuerpo como el suyo.

—Lástima que tuvieras tanta prisa, entonces...

—Y tú que lo digas. En otras circunstancias no hubiera perdido el tiempo sacudiéndola.

—¿Le diste muy duro?

—Mucho.

A veces pienso que eres una especie de animal salvaje, Max. Se necesita muy mala sangre para golpear a una mujer sin más ni más.

—Depende de las circunstancias de que hablaba antes.

Trivett sacudió la cabeza.

—¿Dónde quieres que te deje?

—En tu oficina.

—¿Para qué? Sabes más del caso que la policía...

—Pero ignoro la identidad de los dos tipos que maté en el almacén.

—Ya veo...

Condujo en silencio hasta el edificio policíaco. Antes de apearse, el policía dijo:

—Quiero que sepas algo por si hay reporteros ahí dentro... Di instrucciones a los dos policías que te llevaron en el coche, para que silenciasen tu intervención en el caso de secuestro. —¿Por qué?

—No empieces a tener ideas raras. Mataste a dos tipos. No quiero que surjan dificultades con tu licencia.

Para la Prensa, murieron en tiroteo con la policía, aunque eso te robe publicidad.

—Entiendo. Piensas en todo, viejo.

Siguió a Trivett hasta su oficina. Un joven detective acudió a su llamada con unas carpetas amarillas.

—Aquí tiene lo que pidió, teniente. Los dos estaban fichados.

Examinaron los historiales de los delincuentes muertos.

Se llamaban William Ran y Paul Fox. Su larga vida de delitos era una cadena de detenciones, estancias en la cárcel y más detenciones. Desde extorsión a asalto lo habían probado todo, aunque nunca pudieron probárseles delitos graves.

—Y, de repente, se lían con un secuestro —rezongó el policía, ceñudo—. Debieron prometerles una fortuna.

Max estaba tomando notas.

—¿Qué diablos apuntas ahí? A esos dos no podrás hacerlos hablar —exclamó Trivett.

—Iré a sus domicilios, indagaré en el vecindario. Quizá alguien les viera en compañía del que les contrató.

—Lo dudo, aunque eso lo haremos nosotros más rápido que tú. Ocúpate de la rubia y cambiaremos información si te parece.

—De acuerdo.

Max se levantó. Sentía un cansancio mortal.

Ya estaba en la puerta cuando, volviéndose, dijo:

—Gracias, Larry.

—Por nada.

Se sonrieron. Los dos sabían de qué. Un pasado como el de Max Vance no era fácil de olvidar.

CAPÍTULO IV

El muchacho estaba terriblemente asustado cuando acudió a la cita. Se encaramó al taburete, junto a Max, y balbuceó:

—¿Qué quiere? Necesito la documentación... ¿Me ha llamado por eso?

Vance sacó los documentos del bolsillo y los dejó sobre el mostrador, delante del chico.

—Pide algo de beber.

—Una coca.

Se embolsó los documentos y respiró mucho más tranquilo.

—¿Cómo conociste a la rubia?

—¿A Edith? Fue anoche mismo... en un club. Bueno, empezamos a hablar y la cosa fue tan fácil que apenas pude creerlo.

—Claro, ella necesitaba a alguien... seguramente como coartada. Alguien que no pudiera infundir recelos a la policía caso de que la interrogaran.

—¿Qué es lo que hizo? Y de paso podría decirme quién es usted...

—Detective privado, aunque anoche estaba colaborando con la policía en un caso de rapto.

—¿Y ella, Edith...?

—Estaba metida hasta el cuello. Trata de recordar, ¿no la viste entrar en contacto con alguien?

—No. Pero tenía mucho interés en preguntarme la hora cada dos por tres.

—La coartada. Tú habrías recordado las horas, demostrando que estuviste con ella todo ese tiempo.

—Ella dijo que era porque tenía que hacer una llamada. Y la hizo, aunque no entendí nada de lo que dijo. Habló con un tipo. — ¿A qué hora?

—Poco más o menos la una de la madrugada, quizá algo antes.

—El coche debía llevar radioteléfono...

—¿Qué coche?

—Espera un momento. ¿Estás seguro de la hora?

—Casi. En la calle, antes de llegar a su casa, me preguntó también la hora... entonces eran las doce y treinta y cinco. Llegamos al apartamento, y ella entró en su cuarto. Se... bueno, se desnudó. Nos entretuvimos unos momentos y volvió con el dichoso cuento de la hora... Sí, seguro que era alrededor de la una, minuto más minuto menos.

—No me gusta eso. ¿Viste cómo marcaba el número de teléfono?

—Sí, pero no esperará que sepa a qué número llamó.

—No, sólo trata de pensar... ¿La oíste pedir comunicación con otro teléfono?

—No.

—¿Seguro?

—¡Claro! ¿Adónde quiere ir a parar?

—Si hubiese llamado a un radioteléfono del, coche, hubiera debido pedir la comunicación. Si habló directamente con un teléfono, lo hizo con alguien que no estaba en el auto, sino en una casa... lo que nos lleva a una maldita conclusión.

—¿Sabe una cosa, amigo? No entiendo una maldita palabra.

—Si hubiese llamado a un radioteléfono del coche, había otro individuo en alguna parte...

El muchacho se encogió de hombros. Seguía sin entender nada. Bebió su refresco y encendió un cigarrillo mientras Vance apuraba su café.

—Dime algo más y casi habremos terminado, chico. ¿Habías visto a Edith en ese club, otras veces?

—Seguro. Solía ir con frecuencia.

—Y siempre sola. ¿O no?

—Sola. Aunque allí encontraba compañía. Yo mismo había intentado algunas veces liarme con ella sin éxito. Los chicos se volvían locos asediándola y yo no fui una excepción.

—¿Qué club era ése?

—El Palladium, cerca del muelle, pasado el club náutico.

—Lo conozco. Creo que eso es todo por el momento, Harry. Pero si alguna vez vuelves a ver a la rubia, huye de ella como de la peste porque podría costarte el pellejo. Y llámame a cualquiera de esos

números —le dio una tarjeta—. Recuerda que tú puedes identificarla... cosa que para ella significaría una larga condena de prisión.

El muchacho se estremeció.

—Comprendo. ¡Maldita sea! Una vez que consigo lo que siempre había deseado...

Se guardó la tarjeta, despidiéndose.

Max pagó la cuenta y se dirigió a la puerta. Tenía el coche delante, en un lugar de estacionamiento prohibido.

Vio al muchacho caminar por entre los coches, como si se dispusiera a atravesar la calle.

Estaba abriendo la portezuela cuando estalló el infierno.

Una pistola ametralladora tableteó desde el otro lado de la calzada. Por puro instinto, Max se zambulló bajo el coche, pero los disparos no iban contra él. Vio los pies del muchacho cuando trastabillaba. Luego, le vio rodar hecho un ovillo mientras sonaban gritos por todas partes.

Se arrastró, saliendo de su escondite. Llegó a tiempo de ver, como a chispazos, el delirio que se había apoderado de la calle entera. Una mujer se llevó las manos al pecho y se desplomó sin un grito. Un hombre se dobló, aullando. Otra mujer cayó de rodillas profiriendo unos alaridos espeluznantes mientras engarfiaba las manos sobre su estómago.

Max tenía ya el revólver en la mano. Vio arrancar un coche con una salvaje acelerada. La mitad de los neumáticos quedaron sobre el asfalto convertidos en negras huellas. Entonces empezó a disparar.

Bala tras bala, descargó el «38» contra el auto que se alejaba rugiendo. Pudo ver cómo el cristal posterior saltaba en diminutos pedazos. Otras balas se incrustaron en la carrocería, pero el *sedán* negro no se detuvo.

Rechinando los dientes, corrió hacia el muchacho derribado en el asfalto. Tenía los ojos inmensamente abiertos y su pecho estaba convertido en una criba.

Una mujer seguía aullando en la acera. Otra chillaba en un ataque de histeria.

Miró en torno. La mujer herida en el vientre boqueaba, sin voz. Otra estaba sin duda muerta, y un hombre trataba de arrastrarse

sobre su propia sangre.

Toda una carnicería, sólo para matar a un pobre muchacho que, con mucha imaginación, podía ser considerado por la rubia como un peligro potencial, aunque muy remoto, puesto que sabían perfectamente quién era y cómo se llamaba.

Se aproximaban las sirenas de la policía, y un silbato aullaba en la esquina.

Se recostó contra el coche más próximo, encendió un cigarrillo y esperó.

Hubo de declarar una y otra vez, hasta que consiguió que uno de los patrulleros llamase al teniente Trivett, quien llegó quince minutos más tarde.

Para entonces, Max había regresado al bar donde tuviera lugar su entrevista con el desgraciado Harry Huston y allí se le reunió el teniente.

—Bueno, cuéntame —rezongó—. Hay toda una carnicería ahí fuera...

—Toma algo. Estoy intentando comprender a esos hijos de perra y no hago más que devanarme los sesos sin resultado. No tiene sentido.

—Tómalo con calma. ¿Intentaron liquidarte?

—No, la cosa no iba conmigo.

—Entonces, ¿qué?

—Vinieron a por el chico. Ni siquiera tenía veinte años, Larry. Debieron seguirlo mientras vino hacia aquí, sin que encontraran la oportunidad, hasta que salió del bar, confiado y tranquilo... ¡Malditos sean, bastardos del demonio!

—Calma, viejo. Y cuéntame.

Cuando les hubieron servido, Max explicó su conversación con el muchacho.

—Acababa de advertirle que si alguna vez veía a la rubia —añadió—, huyera como del infierno, y que me llamara. No le han dado tiempo de que la vea otra vez...

—Eso no tiene sentido, Max, y tú lo sabes. Nosotros tenemos perfectamente identificada a esa zorra. El hecho de que el chico la conociera no significaba nada. —Por lo visto intentan liquidar a todo el que la vio.

—Lo cual te incluye en la lista. ¿Has pensado en eso?

Vance se encogió de hombros.

—Yo puedo cuidar de mí mismo, ahora que estoy advertido. Pero repara en una cosa, Larry... Toda esa matanza.

—¿Y qué? Pagaron todos los que se interpusieron en el camino de las balas.

Max le miró. Tenía la cara pálida y tensa.

—Ahí está. No vacilaron a la hora de sembrar de cadáveres toda la calle. Ni siquiera los *gangsters* de la vieja época actuaban de ese modo.

—¿Adonde quieres ir a parar?

—A que no son profesionales, ¡maldita sea su puerca vida! Morralla, eso es lo que son. Un profesional, apostado como estaba, no habría utilizado una «Stein». Y no creo que hubiese necesitado más de un solo disparo para abatir al muchacho.

—Ya veo. ¿Cuántos tipos había en el coche?

—Sólo uno. El auto estaba parado al otro lado. El tipo estuvo disparando hasta que agotó el cargador. Sólo entonces salió zumbando.

—Todo este asunto es una bestialidad. Algo sin pies ni cabeza...

Permanecieron en silencio casi un minuto, mientras daban cuenta de sus bebidas. Una ambulancia llegó, y después otra, y el rugido de los motores de los coches de la policía seguían atronando la calle.

Trivett gruñó al fin:

—¿Viste la matrícula del coche?

—Estaba embadurnada con barro. Pero debía ser robado. No pueden haber cometido dos veces el mismo error con los coches.

—No, claro.

Con voz sorda, Max dijo:

—Voy a cazarlos, Larry. Uno a uno.

Trivett le miró de reojo. Pareció que se disponía a replicar, pero apretó los labios y siguió mudo.

Vance se volvió hacia él.

—Ya no importa el dinero —añadió—. No importa nada, salvo cazarlos. Esas bestias no merecen vivir.

—Bueno.

—Quiero una fotografía de la zorra rubia.

—No la hay.

—¿Qué?

—No había ninguna fotografía suya en el apartamento. ¿Crees que no me ocupé de buscarla? Todo lo que podemos hacer es un retrato robot, si tú colaboras con nuestros dibujantes.

—Lo haré.

—Antes de que te maten quiero decir.

Vance soltó una maldición.

—Que se den prisa —rechinó entre dientes—, porque si lo demoran demasiado yo les mataré a ellos... y te juro que no tendré ninguna prisa.

Saltó del taburete y se fue.

Trivett salió tras él, viéndole tomar el coche y desaparecer más allá de la esquina.

Se dirigió a su coche oficial, conectó el radioteléfono y comenzó a dictar órdenes con la velocidad de una ametralladora.

CAPÍTULO V

La hermosa rubia estaba desnuda, erguida como una escultura viviente. Estiró perezosamente los brazos hacia arriba, alzándose la cabellera. En esa actitud, sus agudos pechos se hicieron todavía más altivos.

El hombre la miró con el ceño fruncido, sentado en el diván y con un vaso en la mano.

Sacudió la cabeza.

—Debes estar mal de la cabeza —gruñó—. Con todos los problemas que tenemos, y tú piensas sólo en eso.

—¿Sabes algo mejor? Los problemas están ahí, quieras o no. Entonces, preocuparse por ellos cuando no pueden resolverse es una tontería. Ven, quítate la ropa y divirtámonos un poco.

—Ernie debe estar a punto de llegar.

—Tenemos tiempo.

Caminó ondulando el cuerpo hacia el diván. El abandonó el vaso sin despegar la mirada de los recovecos de aquel cuerpo majestuoso.

Ella se detuvo casi rozándole. Le acarició los cabellos, sentado como él estaba y mirándole con sus ojos fulgurantes susurró:

—Bésame... estás quemándote por dentro como yo; estás deseándolo también, tonto. —¿Sabes lo que eres, querida? Una ninfomaniaca, eso es lo que eres.

—¿Y te importa? Bésame... ¡Ahora!

Casi le empujó la cabeza. El empezó a besarle la piel con creciente frenesí. Era cierto que la deseaba. La deseaba hasta cuando dormía.

Ella lanzó un débil grito. Los labios de él la quemaban como pequeñas brasas, incendiando su piel allí donde se posaba.

Se abrazaron al fin, enlazados como serpientes. En el frenético juego rodaron fuera del diván, confundidos en un revoltijo delirante

donde no se sabía dónde terminaba uno o empezaba el otro.

Edith le clavó las uñas en la espalda, sintiéndose al borde del clímax definitivo.

—¡Ahora...!

Fue una suerte de sordo rugido. Después, su voz se ahogó, para hacerse queja y suspiro, y silencio y caricia.

Estaban aún abrazados, jadeando, cuando sonó el golpe de la puerta de la casa.

Se separaron a regañadientes. Ella corrió hacia una puerta y desapareció.

El estaba abrochándose el cinturón cuando un hombre entró en la sala.

Le dio una mirada de disgusto.

—¿Te divertiste? —bufó—. ¿Tanto te importa?

—En absoluto. Puedes revolearte con ella todo lo que quieras, pero, de ahora en adelante, habrás de hacer algo más que eso.

—¿De qué estás hablando?

El recién llegado fue a llenar un vaso de *whisky* y después de beber un sorbo masculló:

—No me cazaron de milagro.

—¿Qué?

Edith apareció envolviéndose en una larga bata transparente.

—¿La policía? —indagó.

Ernie Toomey rechinó los dientes.

—No lo sé. El tipo sabía disparar por lo menos... convirtió el coche en una criba.

—¿Qué tipo?

—¿Cómo voy a saber quién era?

Encendió un cigarrillo. Bebió otro largo trago y dejándose caer sobre el diván explicó con voz tensa:

—Seguí a ese tipejo desde su casa. No pude hacer nada porque todo el tiempo anduvo por las aceras atestadas de gente. Al fin entró en un bar y esperé, parado al otro lado de la calle. Cuando salió le di lo suyo.

—¿Seguro que le acertaste?

—De eso no cabe duda. Creo que me cargué a otros que estaban cerca de él, no lo sé. Pero entonces, un tipo que pareció brotar del suelo comenzó a disparar con una pistola.

Acertó varias veces el coche mientras me largaba de allí...

—¿No viste si era alguien que acompañaba al muchacho?

—No, éste salió solo. Le vi perfectamente. Pretendía atravesar la calle cuando disparé.

—Bueno, de cualquier modo salió bien —dijo la rubia—. Ya no tenemos que preocuparnos por ese mequetrefe.

Ernie apuró el *whisky* y con acento brusco dijo:

—Pero esto se acabó, preciosa. Y lo mismo te digo a ti, tipo listo. —¿Cómo que se acabó?

—¡Me niego a seguir corriendo todos los riesgos, mientras vosotros os dais el lote a mis espaldas! De ahora en adelante, lo que haya que hacer lo haremos juntos, tú y yo, Burton. Y ni siquiera sé si ése es tu verdadero nombre, aunque no me importa. Lo otro sí. O jugamos todos o rompemos la baraja.

Edith suspiró.

—No vayas a perder los estribos ahora, Ernie.

—Estoy completamente tranquilo, a pesar de verte desnuda a través de esa mosquitera. Ella se echó a reír.

—Me gusta que vean lo que tengo. Burton soltó un juramento.

—Ve a vestirme —refunfuñó—. Cuando quieras exhibirte, actúa en un teatro de *striptease*.

Ella siguió riéndose, pero entró de nuevo en el dormitorio. Ernie dijo:

—Esa fulana va a echarlo todo a rodar, Burton. No piensa más que en el sexo.

—Eso es cosa mía.

—Pero hasta ahora, jugarse el pellejo ha sido cosa mía y se acabó.

—No lo repitas, ya lo oí antes. Lo que falta por hacer lo haremos juntos. Tú y yo. O contrataremos un par de muertos de hambre si vemos que la cosa es demasiado peligrosa. Ernie asintió, aliviado por ese lado.

Edith regresó. Se había enfundado en unos pantalones apretados a la piel, que se incrustaban en cada pliegue de su cuerpo soberbio. Una leve blusa anudada sobre el estómago apenas ocultaba la descarada pujanza de sus pechos.

—No sé si prefiero verte así o desnuda —rezongó Ernie, burlón—. Debes tener una especie de complejo o algo...

—Es sólo para levantaros el ánimo, a los dos. Falta lo más difícil todavía, así que...

—Deberíamos largarnos como el viento, de aquí. Tenemos el dinero, ese chico ya no es un peligro, y toda la policía anda revuelta buscándonos. ¿Por qué correr más riesgos?

Ella rechinó los dientes. Se pasó las puntas de los dedos por el oscuro surco que adornaba su pómulo.

—¡Quiero a ese tipo, Ernie! —rechinó entre dientes salvajemente—. Quiero tenerlo en mis manos... va a pagar por lo que me hizo, y lo pagaré con jirones de su piel. No nos iremos a ninguna parte hasta que yo le haya podido convertir en una piltrafa.

Ernie sacudió la cabeza, sombrío.

El otro, Burton, se encogió de hombros.

—¿Sabes quién es, por lo menos?

—No. Te toca a ti averiguarlo, querido.

—Si se trata de un policía...

—No era policía. Estoy segura de eso...

—Bien, lo intentaré.

Ernie siguió dubitativo, hasta que dijo:

—Entretanto, ellos saben quién eres, Edith. No cabe duda que tienen retratos robot tuyos. Quedarnos aquí es tentar al destino.

—No te preocupes. He comprado tintes y todo lo necesario. Cuando acabe de teñirme el cabello y de retocarme la cara, ni tú mismo podrás reconocerme.

Burton escanció licor en los vasos. La rubia encendió un cigarrillo, entretanto. Después, con el vaso en la mano, se acercó a la ventana y estuvo un rato mirando el jardín un tanto descuidado.

—¿Quién va a sospechar de nosotros, en esta vecindad perfectamente respetable? —rió—. Tú y yo somos un matrimonio perfecto, feliz y honesto, cariño. Y Ernie es mi hermano, ¿no? Cuando se acostumbren a nosotros estoy segura que incluso nos invitarán a sus *parties* y *barbacoas*.

—Si yo fuera tu hermano —refunfuñó Ernie—, creo que ya estaría loco.

Apuró, su vaso y se largó. Le oyeron subir las escaleras y encerrarse en su cuarto.

Edith susurró:

—Cuando nos libremos de él me sentiré mucho más segura.

—Aún le necesitamos —replicó el hombre con la misma voz contenida—. El puede contratar a los tipos que necesitamos, tiene relaciones.

Edith cabeceó.

—Lo sé, y por eso le soporto. ¿Cuándo crees que podrás saber quién es el hijo de perra que me golpeó?

—Mañana. Antes imposible.

—Está bien. Cuando terminemos con él... ¡Río! Siempre soñé con vivir en el Sur, en un lugar cálido, divertido, lleno de color... ¡Río de Janeiro! El paraíso, con todo ese dinero.

El no replicó. La veía recortada contra la claridad de la ventana y su mirada parecía rendir homenaje a cada curva, a cada suave pliegue de aquel cuerpo que le encendía la sangre y le turbaba lo mismo que una droga.

Apuró el *whisky*. Estaba nervioso. Bebía demasiado, y fumaba demasiado desde que había empezado todo el endiablado lío.

Por unos instantes pensó que realmente estaban perdiendo un tiempo precioso no poniendo tierra de por medio.

Luego, tenso, se levantó y aproximándose a la mujer le rodeó la cintura con los brazos, estrechándola contra él. Empezó a besarla la nuca y la sintió vibrar en sus manos. Edith musitó:

—¿Otra vez, amor?

El no dijo nada, sólo era capaz de acariciarla, de saborear su piel tibia y suave.

—¿Y si a Ernie se le ocurre bajar? —insistió ella.

—¡Que se vaya al infierno!

Edith se estremeció de placer anticipado. Soltó el nudo de la blusa, que se abrió como las hojas de un libro.

Entonces se volvió de cara a él, para sentir en la boca el fuego que estaba quemándole solo la piel...

CAPÍTULO VI

Max entró en el club. Era temprano todavía y había poca concurrencia. Sonaba una música lenta que parecía brotar de las paredes. La luz era igualmente indirecta y no constituía ningún despilfarro de energía. Apenas si era posible ver nada más allá de unos pasos.

Se acodó en la barra y un mozo con las cejas depiladas y unos labios cuidadosamente maquillados acudió trotando. —*Whisky*— pidió—. Con hielo. —Usted es nuevo aquí...

—Sí.

Le sirvió sin apartar sus ojos sombreados de la ruda cara del flamante cliente.

—Parece un tipo muy fuerte, ¿eh? —Runruneó.

—Hago ejercicio todos los días. —¿Qué clase de ejercicio? Max hizo una mueca.

—No el que imaginas. En la cama sólo duermo.

—¡Qué adorable chiste! Me encantaría conocerle mejor. De veras me encantaría.

—Acabarías con algún hueso roto. No te conviene... Mira eso y dime si la conoces.

Colocó sobre el mostrador un retrato-robot de la rubia Edith. Los expertos de la policía habían hecho un buen trabajo y la cara estampada en el papel tenía una notable semejanza con el original.

El mozo enarcó las cejas. Abanicó sus largas y cuidadas pestañas. Hizo una mueca como si oliera un pescado podrido.

—¡Uf! Está buscando una golfa... una mujer.

—A ésta concretamente. ¿La recuerdas?

—Viene de vez en cuando, si es la que imagino. No sé qué ven los chicos en ella. Se lleva siempre los mejores, los más adorables.

—Aparte de los chicos, ¿con quién viene, con quién se encuentra aquí?

—No lo sé. No recuerdo que haya venido nunca acompañada. Viene sola, busca un chico, cuanto más jovencito mejor, se lo lleva y eso es todo... ¿Sabe lo que pienso?

—¿Qué?

—¡Los devora!

—¡Qué te parece! ¿Asados, o le gustan crudos?

—Ese chiste no es nada original. Ya sabe lo que quiero decir... es una maniática sexual.

Los exprime como a un limón.

—Entiendo. Te gustaría exprimirlos tú, ¿eh?

—¡Oh, no... demasiado inexpertos! A mi me gusta un amor rudo, fuerte... que me domine.

—No me mires a mí o te pondré las narices en la nuca. Volvamos a esta golfa. Trata de pensar si la viste alguna vez con un hombre que no fuera uno de esos chicos del club.

—Pues no... pero eso no quiere decir nada. Cuando esto se llena tengo un trabajo de locura, de veras. De auténtica locura, con todos pidiéndome cosas... Quizá alguno de los camareros sepa si se ve con alguien más.

—Les preguntaré.

Dejó dos dólares sobre el mostrador. El delicado espécimen maquillado los hizo desaparecer sin apartar sus ojos acariciantes de aquel tipazo de hombre que se alejaba sorteando las mesas.

Max Vance interrogó un camarero tras otro sin ningún resultado. Luego, cuando casi se daba por vencido, uno de ellos dijo:

—¿Sabe usted, amigo? Esa golfa es todo un caso. Anda loca por los chicos jovencitos. Sólo una vez salió con un hombre mayor que ella, hace como dos semanas.

—¿Sabe quién era él?

—Ni idea, pero parecía uno de esos fulanos del club náutico. Vestía como ellos, incluso llevaba una gorra de patrón de yate.

—¿Alguien podría conocerle, saber quién era? Quizá el camarero que les sirvió, si no fue usted...

—Fui yo.

—¿No les oyó hablar?

—Oh, claro que les oí. Les oigo a todos, pero si hubiera de recordar sólo una milésima parte de todo lo que escucho cada día acabaría subiéndome por las paredes cabeza abajo, se lo digo yo.

No se imagina la cantidad de bufonadas que se escucha uno.

—Claro, claro... pero en cuanto a ese hombre y la rubia...

—Sólo me fijé en él porque rompía la costumbre de ella. ¿Sabe cómo la llamamos entre nosotros? La *viuda negra*. Por su afición a los chicos, ya sabe...

—El hombre —le recordó Max—. Intente pensar en aquella noche, en lo que les sirvió, en cómo se lo pidieron... eso quizá le ayude a recordar algo más.

—Tiene suerte de que aún es temprano, de lo contrario no podría perder tanto tiempo. Bueno, déjeme pensar... Ella pidió lo de siempre, *whisky* con agua y hielo, nuca varía. El... me parece que quiso un *gimlet*... Sí, eso es, un *gimlet* bien frío, dijo. Ella se rió, dudando que en un sitio como éste supiéramos siquiera qué era... ¡Eh, le llamó Ernie!

Max esperó.

—Eso es, Ernie —insistió el camarero—. «No sabrán prepararlo siquiera, Ernie», comentó.

—¿Qué más?

—Nada. Les serví, y me aseguré de que el *gimlet* estuviera bien helado y en su punto, sólo para fastidiarla a ella. Luego se fueron. Ella volvió algunas veces más, pero a él no volví a verle.

—Gracias, amigo.

Le deslizó unos dólares en la ávida mano y se fue.

Era una noche clara, con una gran luna que parecía colgada sobre el mar, adornada por millares de estrellas que chispeaban contra el oscuro cielo. Max saboreó un cigarrillo mientras se dirigía al lugar donde dejara el coche.

El estacionamiento era una explanada contigua al aparcamiento cercado propiedad del club náutico. Fumó unos instantes recostado contra la carrocería de su «Mercury» de ocho cilindros. Su mirada inquisitiva se deslizó por los coches que brillaban más allá de la verja, y luego por las siluetas elegantes de los yates amarrados a los muelles del club.

Echó a andar de nuevo, rodeó la alta verja de hierro hasta la entrada del aparcamiento vigilado y se paró al lado de la garita del vigilante. El hombre levantó la mirada del periódico deportivo que leía.

—¿Hola?

—Pienso que usted debe conocer bien a los socios del club, ¿no es cierto?

—Tanto, que sé que usted no lo es.

Soltó una risita. Tenía una cara afilada, como de rata.

—Acertó. Mantener un cascarón de esos cuesta una fortuna.

—Y usted que lo diga. Bueno, ¿qué es lo que realmente le preocupa?

—Uno de los socios. Necesito encontrarle cuanto antes. Se llama Ernie.

—¿Ernie qué?

—Ahí está la dificultad, que ignoro su apellido. ¿Sabe usted? Hace un par de semanas nos conocimos en ese club de ahí atrás. Por cierto, él estaba en compañía de una rubia impresionante... imagino que se la llevaría a su yate aquella noche. Bueno, hablamos y me propuso un buen negocio, pero con sus prisas por llevarse a la dama rubia se largó sin concretar su nombre ni domicilio. Y estoy en una situación... Bueno, quiero decir que un buen negocio me sacaría a flote.

Fue una buena representación. El hombrecillo le miró con mucha más cordialidad.

—¡Déjeme pensar... Ernie... y una mujer rubia! Ernie Toomey, seguro.

Max disimuló su entusiasmo.

—¿Toomey? —murmuró—. ¿Posee algún yate?

—El no, pero estuvo viviendo en uno de un amigo durante los días en que reformaron su apartamento, según contó.

—Ernie Toomey... ¿Le vio en compañía de la rubia?

—Sí. Ella pasó la noche en el yate. Menudo lote debió darse el señor Toomey.

Max volvió a echar mano del más convincente argumento de que disponía: el dinero.

El vigilante echó un vistazo al billete de cinco dólares. Sus ojillos de rata se animaron.

—Su ayuda me salvará de la quiebra —dijo Max—. Si ahora me dice el nombre del amigo que le prestó el yate al señor Toomey, seguro que podré localizarlo.

—Bueno, pero a él no le diga que yo..., ¿eh? Se trata de un socio.

—Por supuesto.

—El yate pertenece al señor Wally Shiffer. Tiene un gran negocio de artículos deportivos.

—Magnífico. Y gracias otra vez.

Regresó a su coche y se largó con el convencimiento de que esta vez tenía una pista sólida a la que agarrarse.

Condujo hacia Hollywood Hills a creciente velocidad. Ahora tenía un nombre que podría llevarle hasta la pantera rubia que había organizado el rapto y las muertes. Y si el tal Ernie Toomey era cómplice...

Estuvo seguro de que nadie se preocuparía demasiado para escribirle el epitafio.

CAPÍTULO VII

El millonario estrechó su mano y la retuvo unos instantes entre las suyas.

—Quizá es muy tarde para una visita de negocios, señor.

—Olvidalo. Tú siempre eres bien recibido en esta casa, Max.

—¿Cómo se encuentra Fran?

—Muy bien. Ha cenado con apetito. No tardará en venir a reunirse con nosotros. Siéntate. ¿Quieres beber algo?

—No, gracias.

—Tonterías. Yo sí quiero un sorbo de buen coñac. Me acompañarás.

El señor Stone preparó dos panzudas copas. Justo cuando le ofrecía una a Max, la muchacha apareció en la puerta. Se había recobrado perfectamente y sus ojos brillaban de nuevo, llenos de vida.

—¡Max! —exclamó—. ¡Soy tan feliz de volver a verte!

El la besó en la mejilla. Fran no apartaba la mirada de él.

—Te ves como un amanecer de primavera, niña —murmuró, asombrado.

—¿Tú crees?

Se sentaron en el diván, delante de la butaca donde el padre de la muchacha estaba arrellanado.

—He venido por el gusto de verte —dijo Max—. Pero de paso quiero hacerte una pregunta, si crees que puedes evocar tu aventura sin ponerte nerviosa.

—Ya pasó. Estoy bien, aunque eso es gracias a ti... Si no hubieras llegado tan a tiempo no podría decir lo mismo.

—Tuve suerte. Escucha, Fran. ¿Oíste el nombre de Ernie Toomey mientras estuviste prisionera?

—No, en absoluto.

—¿Estás segura?

—Sí, Max. Recuerdo con todo detalle lo que pasó y lo que oí.

—Hubiera sido demasiada suerte de todos modos.

—¿Quién es él, Max? —indagó el anciano.

—No estoy seguro. Puede tratarse de un cómplice, o sólo de un amigo de la mujer rubia que parece ser la que llevó la batuta.

Fran exclamó:

—¿Una mujer?

—Según lo que he averiguado de ella, una devoradora de hombres —rió entre dientes y añadió—: Si es así, debe odiarme como al demonio.

—¿Por qué, intentó devorarte a ti?

La muchacha sonreía con picardía. El sacudió la cabeza.

—No... no exactamente. ¿Hablaste con el teniente Trivett?

—Esta tarde. Se cansó de preguntarme cosas a las que no pude responder. Excepto los dos hombres que tú... Bueno, aquellos dos rufianes, no vi a ninguno más, ni mencionaron ningún nombre mientras estuve con ellos. Excepto los suyos claro.

—Mala suerte.

El señor Stone aventuró:

—¿No crees que han huido, Max? Con el dinero en su poder pueden estar muy lejos a estas horas.

Vance hizo una mueca.

—Siguen en la ciudad —dijo con voz ronca.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque han matado al muchacho que podía identificar a la mujer si volviera a verla. Están decididos a matar a todo el que la pueda reconocer.

Fran dio un respingo.

—¡Pero eso te incluye a ti también!

El sonrió. Fue solo una mueca crispada que por un breve instante convirtió su cara en una máscara de furor.

—Conmigo tendrán mucho más trabajo, no te preocupes.

—De todos modos habrás de tener mucho cuidado, Max, aunque estoy seguro que tú sabrás cuidarte.

—Todo esto quizá retrase la recuperación del dinero, señor Stone.

—Ya te dije cuál era mi criterio a ese respecto.

Apuró el coñac y encendió un cigarrillo. Fran murmuró:

—Debería odiarte, por haber necesitado todo un secuestro para volver a verte. ¿Cuánto tiempo nos tuviste olvidados?

—Creo que nunca transcurrió más de una hora. Jamás olvido esa etapa de mi vida.

—Pero jamás tuviste tiempo para venir a vernos.

—Nos movemos en distintas esferas. Y yo trabajo, nena, porque en mi oficina soy el botones, el contable, el agente de publicidad, el director y todo el equipo de ejecutivos, así que por regla general nunca me sobra el tiempo.

Ella rió.

—Te pareces a mi novio. El tampoco descansa nunca.

—Espero conocerle pronto.

Ella hizo un mohín de disgusto.

—Al paso que lleva, no le conoceré ni yo misma. O se pasa horas y horas en su despacho, o viaja constantemente por asuntos de negocios. Empiezo a cansarme.

El viejo Stone se echó a reír.

—Hijita, ya te dije que estás acostumbrada a que el mundo se te rinda con sólo una palabra. Eddie no parece de la clase de hombres que puedes doblegar a tu antojo... aparte de que sus operaciones de Bolsa le absorben la mayor parte del tiempo.

Ella suspiró. Pareció titubear. Luego dijo resueltamente:

—Yo no voy a casarme con una oficina de Bolsa, papá.

—¿Qué quieres decir con eso?

Iba a replicar cuando sonó el teléfono. Una sirvienta anunció que era una llamada de Nueva York y el millonario descolgó el teléfono de la sala.

—¿Eddie...? Sí, está aquí. ¿Qué tal te va...? Le paso el teléfono, aguarda.

Se volvió hacia su hija. Fran titubeó.

—Vamos, hija, una llamada desde Nueva York cuesta un ojo de la cara, vas a arruinarle.

Ella tomó el auricular.

—¿Sí? —dijo.

Escuchó unos instantes. Max encendió otro cigarrillo contra su voluntad. Una vez más pensó que fumaba demasiado.

La oyó hablar con acento seco aunque no prestó mucha atención. Incluso cuando oyó el golpe del teléfono al ser colgado no

levantó la cabeza.

Ella dijo:

—¿En qué piensas, Max?

—En nada concreto.

—Tienes que hacerme un favor.

—Seguro.

El viejo Stone enarcó las cejas.

Ella añadió:

—Quiero que mañana noche me lleves a bailar, o a cualquier parte donde podamos divertirnos, Max.

Éste se quedó boquiabierto.

—¿Yo? —exclamó—. ¿Y por qué mañana noche, precisamente?

—¿Quieres o no?

—Por supuesto que sí, pero no te comprendo.

Stone dijo suavemente:

—Mañana noche llega Eddie, Fran.

—Lo sé. Acaba de decírmelo por teléfono.

El viejo se encogió de hombros.

Max gruñó:

—Veamos si lo entiendo. Quieres que precisamente te lleve conmigo mañana para que él se ponga celoso o algo así, ¿no es cierto?

—No.

—Vamos, niña, no me tomes el pelo.

—¡Quiero salir contigo! ¿Es tan difícil de admitir eso?

—¿Qué opina usted, señor, tengo yo razón?

—A mí no me compliques la vida, Max. Fran es bastante mayor para decidir por sí misma.

—¡Qué diablos mayor! Es apenas una chiquilla.

—¿Quieres que te demuestre lo contrario, Matusalén?

—No lés las cosas. Si pretendes utilizarme para que tu novio pierda la chaveta, olvídalo. Soy demasiado viejo para esos papeles.

—Eso sí es verdad. Un vejestorio caduco y tonto. Pero mañana noche saldré contigo, aunque debas bailar conmigo apoyándote en un bastón.

El soltó un bufido.

—De acuerdo —rindióse—. Pero si tu novio se encalabrina habré de romperle la nariz.

—Ojalá lo hicieras —suspiró Fran, esperanzada—. Opino que es lo que anda buscando. Quizá eso le hiciera reaccionar.

—No tienes remedio. Me largo antes que sea a ti a quien le sacuda. Buenas noches, señor. Le informaré de lo que vaya averiguando.

—No dejes de hacerlo.

La muchacha cacareó cuando él se encaminaba a la puerta:

—¡No vayas a olvidar nuestra cita... abuelo!

Resoplando, Max cerró la puerta a sus espaldas.

No se detuvo hasta llegar al coche. Allí encendió el último cigarrillo que quedaba en el paquete y permaneció inmóvil unos instantes, tratando de aclarar la confusión que experimentaba.

Una confusión que tenía sus raíces en la ternura que sentía por Fran, en aquel sentimiento que anidaba dentro de él desde no sabía cuándo y que nunca había tenido el valor de analizar a fondo.

Al fin entró en el coche y abandonó la residencia de los Stone, conduciendo colina abajo.

El viejo millonario escanció un poco más de coñac en su copa, y sin levantar la mirada le espetó a su hija:

—¿Te has enamorado de él, Fran?

—¿De quién, te refieres a Max?

—¿A quién otro?

—Ésta es una pregunta muy impertinente, papá.

—¿Sí o no?

—¿Te importaría si fuera así?

El se volvió acunando la gran copa entre las manos.

—Personalmente, opino que como hombre no encontrarías otro en quien pudieras confiar tan ciegamente. Pero eso no es suficiente para casarte con él.

—¿Y qué es suficiente para casarme con Eddie?

—Bueno, tiene otra formación, está habituado a nuestro mundo.

—¡Es un maldito pisaverde, papá! Y creo que ya es hora que sepas...

Su padre esperó en vano que prosiguiera.

—Bueno —gruñó al fin—. ¿Qué es lo que debo saber?

—Nada, tonterías mías.

—Con todo eso, no me dijiste si amas a Max o no.

—Sí —dijo—. Siempre le amé, aunque él nunca me miró como a

una mujer.

—Ya veo...

—¿Vas a oponerte?

—Me parece que no.

—Tú también lo quieres, papá.

—No sé si le quiero, o simplemente le admiro. Es un hombre completo, de la cabeza a los pies. Ningún otro se habría levantado del infierno como él lo hizo, dándole un giro completo a su vida. Pero antes de dar un paso definitivo, piensa cómo vas a solucionar tu problema con Eddie.

—Me preocupa más cómo voy a solucionar mi problema con Max. El muy tonto me considera poco menos que como a una hermana pequeña o algo así.

—No estés tan segura, querida. Los hombres como él no suelen exteriorizar sus sentimientos. Y ahora, buenas noches, estoy cansado.

La muchacha le abrazó, besándole ardorosamente.

—Eres el mejor padre del mundo —susurró.

—No sé si soy el mejor, pero sí estoy seguro de ser el más tonto.

Riéndose, la dejó sola. Fran se tendió en el diván, con un cigarrillo en los labios.

Dejó volar la imaginación hacia aquel hombre duro y extraño que alborotaba por completo sus sentidos. Pensar en él no era ningún consuelo, pero sí lo era que por primera vez se confesase abiertamente que le amaba y que ardía en ansias de estar en sus brazos. Lo admitía, alegrándose de ello, y hubiera querido poder decírselo con todas las letras, sin tapujos.

Decidió forzar la situación cuando estuviera con él la próxima noche. A veces, las mujeres deben tomar la iniciativa en el juego del amor...

CAPÍTULO VIII

El propietario del yate era un hombre rechoncho, con cara sonrosada y ojos rodeados de bolsas de grasa.

Que le sacaran de la cama ya era indignante de por sí, pero que lo hicieran por una idiotez ya era demasiado.

—¿Por una tontería como ésta se ha permitido usted irrumpir en mi casa a estas horas? —bufó, colérico.

—Para mí no es ninguna tontería, señor Shiffer. Necesito localizar a ese individuo, cuanto antes.

—No lo conseguirá si yo he de ayudarle.

—Entonces, quizá prefiera usted acompañarme a Jefatura. Allí no tendrá otro remedio que hablar.

—Usted dijo que era un detective privado.

—¡Lo soy, pero en circunstancias especiales tengo atribuciones para efectuar detenciones si lo creo necesario!

El hombre le miró echando chispas.

—¿Y ésta es una circunstancia especial? No me haga reír, hombre. Conozco a Ernie Toomey, y le veo de vez en cuando, pero ignoro dónde vive, ahora.

—Pruebe otra vez.

—Tómelo o déjelo. Tenía un apartamento en el Fayrlane Gardens, pero lo dejó. Le presté el yate mientras acondicionaban el nuevo domicilio que se buscó, pero nunca supe dónde lo tenía.

Max le observó con el ceño fruncido.

—Si está mintiendo va a verse metido en el peor lío de su vida, señor Shiffer.

—Pero, vamos a ver, ¿qué es lo que hizo Toomey, por qué tanto interés en fastidiarle?

—De momento, sólo deseo hacerle unas preguntas, pero es posible que esté involucrado en un caso de asesinato.

—¿Ernie? —rió el gordo—. No haga chistes... lo peor que puede

decirse de él es que tiene la cabeza hueca. No lo creeré en mil años. ¡Pero, hombre, si todo lo que preocupa a Ernie Toomey es acostarse cada día con una fulana distinta!

—¿Como la rubia, por ejemplo?

—¿Qué rubia?

—La que llevó al yate... Ésta.

Le puso el retrato-robot ante las narices.

El hombre bizqueó.

—No la he visto nunca. ¿Es tan guapa como parece?

—Más.

—¡Qué tío! No le falla una. Pero eso es un retrato de la policía...

—La buscan, también, a ella.

—Bueno; de cualquier modo no puedo ayudarle. Y si pudiera tampoco lo haría. Ernie me cae bien.

—A mi empieza a caerme gordo. Quizá vuelva a verle, señor Shiffer, acompañado por la policía.

—Si lo hace, procure que sea durante el día, ¿sabe?

Max se largó refunfuñando. Cerró de un portazo y el gordo se rascó la pelambrera, perplejo.

Al fin sacudió la cabeza y dirigiéndose al teléfono discó un número. Esperó unos instantes, y de pronto le llegó la señal de un avisador automático. Después, la voz metálica le dio instrucciones para que dictara su mensaje.

—Está bien, soy Wally Shiffer, Ernie. Llámame cuando oigas este mensaje, porque se trata de algo urgente... ¿En qué diablos de lío te has metido?

Colgó, se fue a la cocina para beber un vaso de leche y regresó a la cama.

Su mujer era más gorda que él. Roncaba como una foca cuando el señor Shiffer entró en el dormitorio. Estuvo tentado de irse a dormir al cuarto de los huéspedes, pero al pensar en la tormenta que ella le armaría por la mañana, cambió de idea.

Se acostó procurando no despertarla. Al ver la enorme masa de carne que se alzaba a su lado envidió más que nunca al tunante de Ernie. ¡Vaya una rubia sensacional la de la foto...!

Ernie Toomey regresó a la casa inopinadamente. No le esperaban y sorprendió a la pareja revolcándose, desnudos, en la cama.

Soltó un bufido, mientras Edith subía la sábana para cubrirse.

Su compañero barbotó:

—¿Nadie te enseñó a llamar a las puertas?

—Son las once de la mañana. No podía imaginar que continuaseis jugando a estas horas. Tú tenías algo que hacer, Burton. Identificar al tipo que Edith quiere desollar, para terminar cuanto antes y largarnos.

—Eso es asunto mío. Yo sé cómo he de manejarlo.

—Sí, seguro...

—Tú dijiste que no volverías hasta la noche, cuando hubieses hablado con un par de profesionales... ¿A qué vienen ahora estas prisas?

—Hay un detective privado buscándome.

La pareja pegó un brinco de la cama.

—¿Un qué?

—Un fisgón privado, aunque debe colaborar con la policía, porque anda exhibiendo un retrato-robot tuyo, preciosa. Y me busca a mí, sabe mi nombre.

Se quedaron helados. Burton se incorporó rígido como un autómatas.

—Cuéntame, mientras me visto.

—Fui al apartamento para ver si había algún recado para mí. Había uno, del propietario del yate. El fulano que le visitó se llama Vance. Le sacó de la cama para sonsacarle, aunque mi amigo no le dijo nada. Cree que se trata de algún lió con un marido celoso o algo así, por eso está de mi lado. Edith indagó:

—¿Confías en ese tipo?

—¿En Shiffer? Seguro.

—¿Cómo dijiste que se llama el detective?

—Vance.

—Trae la guía de teléfonos. Buscaremos a ese tipo en las páginas amarillas.

Edith había olvidado, incluso, su propia desnudez, de modo que la sábana se había deslizado hasta sus muslos y mostraba los agresivos pechos libres y palpitantes, mientras una idea se abría paso hasta su conciencia.

—Se me ocurre que ese tipo puede ser el que andamos buscando... Un detective privado pudo actuar como lo hizo aquel

hijo de perra...

La miraron, desconcertados. Luego, Ernie localizó el anuncio de Max Vance en la guía profesional de teléfonos y dijo:

—Aquí está. No parece muy boyante, a juzgar por la modestia del anuncio.

—Anota la dirección. Le enviaremos a dos o tres pistoleros para que lo aparten de este asunto.

Ernie cabeceó.

—Me ocuparé en buscarlos —prometió—. Pero me gustaría saber de dónde ha sacado mi nombre en relación contigo, Edith.

—Se lo preguntaremos cuando le tengamos en nuestro poder. Advierte a esos fulanos que vas a contratar que lo quiero vivo. ¿Entiendes?

—Otro riesgo inútil...

—No habrá ningún riesgo si esos tipos hacen bien su parte. Lo bajaremos al sótano, y te aseguro que no saldrá de él vivo. Bueno, ni vivo ni entero —acabó, rechinando los dientes.

Ernie aún la miró un instante, lleno de dudas. Sus ojos fríos se deslizaron por las rosadas cumbres de sus pechos y, sacudiendo la cabeza, se marchó.

Burton dijo entre dientes:

—Me pones frenético exhibiéndote así ante él, nena... Algún día perderé la calma y vas a ver lo que es bueno.

—Quiero verlo ahora.

—¿Qué?

—Eso tan bueno, idiota.

El soltó un bufido. A veces no comprendía a Edith. Le sacaba de quicio, pero le enloquecía y eso dominaba todo lo demás.

Mientras aplastaba el cigarrillo en el cenicero pensó que gracias a ella iba a salvar el cuello, y a vivir sin ningún temor en un país cálido y, lo que era más importante, que no tenía trato de extradición...

Eso era importante.

Fue hacia la cama y, casi con violencia, se arrojó sobre ella.

CAPÍTULO IX

Habían cenado y bailado, y después dejaron deslizar el tiempo sentados en la terraza del club, mirando al mar y apenas cambiando una que otra palabra.

Hasta que Max contestó:

—A estas horas ya debe haber llegado.

—¿Qué?

—Tu novio.

—¡Oh, eso...!

—No parece entusiasmarte.

—Tú lo has dicho. No me entusiasma en ningún sentido.

—Entonces, ¿por qué intentas ponerle celoso utilizándome como carnada?

Los grandes ojos luminosos de la muchacha le miraron fijamente, profundos, pero también acusadores.

—No ves más allá de tus narices —gruñó, disgustada.

—Te veo a ti y eso ocupa todo mi horizonte esta noche. Sin embargo, el hecho cierto es que intentas utilizarme.

—No, en absoluto.

El sonrió al encender un cigarrillo. Dejó vagar la mirada por la oscura lejanía del mar.

—De cualquier modo, no me importa rejuvenecer si entiendes lo que quiero decir.

—Falta te hace, a tu edad... Salgamos de aquí.

El llamó al camarero, pagó y salieron a la oscuridad del exterior. El cielo era un hervidero de estrellas, y la luna extendía una senda de plata sobre las olas, que parecían jugar con ella.

Condujo el coche de regreso a la ciudad. Apenas si había tránsito a esas horas de la noche.

De pronto, la muchacha exclamó:

—Para aquí, Max. —¿Por qué?

—Quiero pisar la arena.

—Pues sí que es un capricho, a estas horas.

Apartó el coche de la carretera y se apearon. La muchacha se quitó los zapatos, que arrojó al asiento, y hundiendo los pies descalzos en la arena caminaron en silencio un trecho, hasta el borde blanco de espuma juguetona, donde rompían las lentas olas.

Un aire tibio arremolinaba los cabellos de Fran. Max la contempló a placer, apartado de ella sólo unos pasos. Era una imagen turbadora parada allí, con los cabellos al viento, la falda agitada por la brisa, erguida como si desafiara al dios del mar.

Cuando ella se dio vuelta sus ojos buscaron los de él en la oscuridad. Se le aproximó, pasando por su lado hacia las rocas que cerraban la playa.

—Dame un cigarrillo, Max.

Se tumbó en la arena, recostada sobre un codo. El se acomodó a su lado, sentándose y ofreciéndole un cigarrillo encendido.

Mientras prendía otro para sí, Max gruñó:

—Parecías una sirena, plantada allí, hace un instante. Incluso a mí me emocionaste.

—Las sirenas no visten trajes de noche, tonto.

—Acabas de estropearlo. —Dime una cosa, Max...

—¿Sí?

—¿Cómo puedes vivir tan solo?

El dio un respingo.

—Vaya una pregunta —se quejó—. ¿Con quién debería vivir, según tú?

—No lo sé, pero a veces pienso que debe ser terrible la soledad.

—Me parece que estás dando vueltas a un tema que no entiendes.

Ella levantó la mirada hacia él.

—¿O no vives solo?

—Y dale.

—¿Tienes una mujer contigo, en tu apartamento?

—Docenas de mujeres. Guardan riguroso turno.

—No te burles.

—Pero bueno, ¿adónde quieres ir a parar?

—A ninguna parte concreta. Pero si me detengo a pensarlo, apenas si sé nada de tu vida. Y estuviste tanto tiempo sin venir a

vernos...

—Creo que sería mejor que te llevara a casa.

—Nada de eso. Quiero que me beses, Max.

El casi tragó el cigarrillo.

—¿Qué te ha dado, ahora?

—En cualquier caso me dio hace mucho tiempo.

Tiró el cigarrillo y levantando los brazos se colgó de su cuello, con la cara próxima a la de Max.

A esa distancia él pudo ver el encendido brillo de aquellas pupilas azules.

—Así quizá comprendas lo que eres incapaz de ver... Su voz era apenas un susurro. Max notó cómo ella se deslizaba, pulgada a pulgada, hasta que todo su cuerpo se adaptó al suyo estrechamente.

Fue entonces que la besó, rindiéndose a la evidencia de que también lo deseaba con todas sus fuerzas a pesar de sus reservas. La boca de la muchacha era cálida y acogedora. Un instante después Max sintió la lengua de ella en la suya y le pareció que la noche se llenaba de luz y que el rumor del mar se convertía en un rugido.

Ella se dejó deslizar hacia atrás sin dejar de besarle. El hubo de apoyar una mano en la arena para no aplastarla con su peso.

Cuando les faltó el aliento se separaron lo justo para respirar.

—¿Max?

—Aún estoy aquí.

—Hagamos el amor. Ahora.

—Tú estás loca. —¿No quieres?—. Sí quiero. Pero...

—Aquí, en la arena, cerca del mar. Como si tú y yo estuviéramos solos en toda la tierra...

—Sí.

—Estamos solos.

El le aferró la boca de nuevo. No estuvo seguro de si lo dijo dentro de aquellos labios húmedos y vibrantes, o las palabras sólo resonaron en su pensamiento.

—Te quiero...

Ella se estremeció, dándose con el beso, retorciéndose para librarse de la ropa. Max sentía una profunda ternura y un poderoso deseo, mientras las palabras se convertían en suspiros.

Los dos cuerpos eran sólo sombras dentro de las sombras.

Detuvo el coche ante la entrada de la residencia. Al parar el

motor un gran silencio planeó en torno a los dos.

Fran se irguió un poco, en el asiento.

El dijo:

—¿Lo lamentas?

—No. Soy feliz.

—¡Bueno!

—¡Dijiste que me querías!

—Pude decir cualquier cosa en aquellos momentos.

—¿No era verdad?

El se inclinó hacia la muchacha para verle los ojos de cerca.

—Era cierto. Sigue siéndolo. Creo que fue cierto desde que te conocí, aunque estuvieras a años luz de distancia para mí. Y lo malo es que sigues estándolo.

—Estoy aquí, junto a ti. Tócame y te convencerás.

—Es algo más complicado que eso y tú lo sabes.

—Sé que te amo. Eso sí lo sé.

—Tienes un novio que ha regresado, precisamente esta noche.

—No, Max.

—¿Cómo que no?

—Rompí con él.

—Pero ha estado llamándote...

—Quiere seguir como si nada hubiera pasado. Papá no lo sabe aún, no me atreví a decírselo por temor a que creyera que se trataba sólo de un capricho. Pero él sabe que te amo.

—¿Qué?

—No te alarmes —rió la muchacha—. Yo misma se lo dije anoche.

—¿Y no saltó hasta el techo?

—No. Dijo que era problema mío.

—¿Sólo eso?

—Poco más o menos. —Saboreó su coñac. Dadas las circunstancias, es como si me hubiera dado su bendición.

No lo entiendo... el sabe quién soy, lo que soy... y lo que fui. Una basura, una ruina buena para nada hasta que él me dio trabajo y...

—Lo sé. Sé toda tu historia. Volviste deshecho de Vietnam.

—Eso no justifica que me hundiera de aquel modo.

—Es tu pasado. Te pertenece y está enterrado para siempre.

Nadie vive de su pasado, Max.

—Así que es cierto, todo esto no es sólo un sueño, un juego de una noche...

—¿A ti qué te parece?

El tendió las manos para abrazarla. La sintió vibrar contra su piel como una ráfaga de viento cálido.

Estuvo besándola como si fuera la última vez, hasta que la soltó echándose atrás temeroso de no controlar sus impulsos.

—Buenas noches, Fran —murmuró, con voz ronca—. No compliquemos más las cosas por esta noche.

—¿Me llamarás mañana?

—Seguro. Y vendré a comprobar si tu padre sigue opinando que lo nuestro es sólo un problema tuyo.

Ella le devolvió el beso, abrió la portezuela y se apeó.

Aún se miraron largamente, como si fueran incapaces de separarse en esa noche bruja en la que ambos habían alcanzado el cénit de la vida.

Después, ella entró en la casa y él puso en marcha el «Mercury» como en sueños.

Aún le parecía estar flotando cuando lo aparcó delante de una boca de incendios, cerca de su apartamento.

Justo cuando se apeaba, los dos hombres surgieron de las sombras, le incrustaron sus pistolas en los costados y el hechizo de la noche se convirtió de pronto en una pesadilla.

Uno dijo:

—Tranquilo, compadre. Esto es una pistola.

—Y esto, otra —refunfuñó el segundo pistolero, incrustándole el cañón con todas sus fuerzas.

Max gruñó de dolor y de cólera.

—¿Qué clase de juego se traen entre manos?

—Sencillo. Te vienes con nosotros, te entregamos bien suavemente, atado como un fardo, cobramos nuestra parte y asunto terminado.

—¿A quién deben entregarme?

—Al «capitalista» de la operación. Lo que él haga contigo ya no es asunto nuestro.

—Ya veo.

—Pero no vayas a alborotar, confiando en que debemos entregarte vivo. El nos advirtió que si nos ponías las cosas difíciles

podíamos meterte un par de plomos. Cobraríamos igual, así que tú verás qué te conviene. Entra en el coche otra vez.

Cuando se inclinaba para obedecer, el otro le sacudió un culatazo en la nuca. Max cayó de rodillas con la cabeza zumbándole.

—Sólo para que te estés quieto mientras te cacheo, ¿eh?

Notó cómo le quitaban el revólver. Luego, le empujaron hacia el asiento en el que se derrumbó.

Uno tomó el volante. El otro le obligó a deslizarse un poco y se sentó a su lado, de modo que quedó emparedado entre los dos.

El coche se puso en marcha. Max recostó la cabeza contra el respaldo y cerró los ojos.

Pensó que había pasado del paraíso al infierno y suspiró.

—Necesito un cigarrillo —gruñó.

—No esperes que te invite.

—Tengo en el bolsillo.

—Bueno, sácalos. Ya te quitamos las uñas.

Metió la mano en el bolsillo y vació el paquete dentro. Sacó un cigarrillo y lo encendió, fumándolo como si tuviera prisa por terminarlo.

—Estás más nervioso que un gato —rió el conductor.

—Me gustaría saber cómo estarías tú en mi lugar.

—Bueno, creo que si supiera, rezaría. El tipo que te quiere empaquetado dice que hay alguien que va a hacerte tiras.

—No es una perspectiva agradable...

Aplastó el cigarrillo a medio fumar en el cenicero y volvió a recostarse.

El auto dobló una esquina, aumentando un poco la velocidad. Max vio desfilas la oscura masa vegetal del parque por la izquierda del coche.

Volvió a hundir la mano en el bolsillo y sacó el paquete de cigarrillos vacío.

Con un gruñido lo estrujó, arrojándolo al suelo.

—Cálmate, pichón —rió el pistolero del volante.

—Sí, cálmate... es fácil decirlo. Tengo otro paquete ahí.

Con gesto natural abrió el compartimiento de los guantes.

Todo fue visto y no visto. Sus dedos se cerraron sobre el revólver que guardaba allí dentro, giró la mano y apretó el gatillo.

El pistolero de su derecha recibió la bala en el costado, a la altura del corazón. No emitió ni un suspiro.

El otro lanzó la mano al bolsillo, al tiempo que frenaba violentamente.

—Sigue y te mueres, anda, saca un arma, compadre —rechinó Max con voz salvaje—. ¡Sácala, hijo de perra!

El otro devolvió las manos al volante mirándole de reojo.

El revólver hurgaba en sus costillas como buscando un buen lugar donde practicar un par de agujeros.

—Para ahí —ordenó Max.

—Escucha... podemos llegar a un acuerdo tú y yo...

—Seguro. ¡Para he dicho!

Cuando el coche se hubo detenido Max añadió:

—No quites la mano del volante ni para rascarte la nariz, porque sería tu funeral.

Le registró, desarmándole y recuperando su otro revólver.

—Ahora veamos si llegamos a ese acuerdo de que hablaste antes. ¿A quién debías entregarme?

—El tipo nos espera en Gateway y Walnut, en un coche.

—¿Quién es él?

—Se llama Ernie.

—¿Toomey?

—Sí.

¿Es tu jefe?

—No... sólo nos contrató.

—Ya veo. Un tipo bien relacionado, ¿eh?

—Anda en las apuestas de vez en cuando.

—Ahora, cuéntame cuál es el juego. Debías entregarme a él, ¿no es así?

—Eso nos dijo. Allí te ataríamos para que él pudiera trasladarte solo.

—¿Y por qué no en vuestra compañía?

El tipo se encogió de hombros.

—No lo sé. Supongo que no quiere que sepamos adonde te lleva.

—Claro, un fulano discreto.

Max abrió la portezuela de la derecha y de un empujón arrojó el cadáver del otro pistolero a la acera.

—En marcha, compañero. Vamos a ver a Ernie Toomey.

El coche reanudó la marcha. Para entonces, quien estaba más nervioso que un gato era el conductor.

—Atiende lo que voy a decirte y no te salgas del programa si quieres seguir con la cabeza sobre los hombros. ¿Cómo te llamas?

—Bentlay.

—Está bien, Bentlay. Conducirás el coche hacia esa esquina y te detendrás exactamente donde Ernie ordenó. ¿Está claro?

—Sí.

—¡Pórtate con naturalidad! ¿Qué debes hacer cuando lleguemos allí?

—Debíamos atarte.

—Eso es un engorro. Te apeará con normalidad. No trates de huir porque nunca podrías correr más que una bala. Toomey seguramente saldrá también del coche para echar una mano. Le dirás que ya estoy atado, tirado en la alfombra. Quiero que se aproxime, ¿entiendes?

—Pero se dará cuenta de que falta Pete...

—Yo seré Pete en la oscuridad.

—¡No saldrá bien! Ernie no es ningún tonto.

—Si no es tonto será un cadáver. Y tú también, si no cumples tu papel al pie de la letra. Bentlay tragó saliva y no replicó.

El coche rodaba por las desiertas calles del distrito de Watts. Poco después redujo la velocidad.

—Estamos llegando...

La presión del revólver contra su costado se acentuó. —Ten cuidado, Bentlay— dijo Max.

—Sí.

El pistolero frenó en la esquina y esperó con el motor en marcha.

Las luces de un «Buick» negro se encendieron y apagaron dos veces.

—Es la señal. Debo acercarme.

—Adelante —ordenó Max.

El «Mercury» atravesó la intersección de calles, maniobrando hasta colocarse detrás del «Buick».

—Apaga las luces.

La oscuridad les envolvió. Del otro coche se apeó un hombre, que pareció titubear junto a la portezuela abierta.

Max murmuró:

Abajo, Bentley, y recuerda que tienes un pie en el infierno.

El pistolero abrió la portezuela y abandonó el coche. Max abrió también la de su lado, aunque permaneció en el asiento.

Oyó la voz de Bentley, muy poco segura.

—Lo tenemos tirado atrás, Ernie.

—¿Vivo?

—Sí, pero atado.

—Sacadlo.

A pesar de sus esfuerzos, Max no podía ver el menor detalle de la figura protegida por la oscuridad. Vio a Bentley retroceder como disponiéndose a cumplir la orden de Toomey y entonces él también se apeó.

Había dado sólo dos pasos cuando Ernie Toomey exclamó:

—¡Eh, ése no es Pete...!

Bentley dio un brinco y echó a correr. De las invisibles manos de Toomey brotó un largo relámpago y la andanada de proyectiles levantaron del suelo al pistolero antes de que se desplomara convertido en un colador.

Max se tiró de cabeza a la acera y disparó velozmente con el «38». Toomey se volvía en aquel instante, buscándole con el recortado cañón de su compacta «Stein».

Recibió una bala en el estómago y se dobló, aullando. Otro proyectil le pegó en una rodilla tirándose dando tumbos. La metralleta escapó de sus manos y para entonces Max corría hacia él con todas las furias del infierno rugiendo en sus entrañas.

De un zarpazo le atrapó por las solapas y empezó a arrastrarlo hacia el «Mercury». Ernie bramaba de dolor. Le zarandeo salvajemente para arrojarle dentro del coche. Luego, él saltó ante el volante y el auto salió zumbando cuando los primeros curiosos asomaban desde sus casas.

Redujo la velocidad un minuto después, cuando se oían las sirenas de los coches patrullas que convergían hacia el lugar de la breve batalla.

Toomey aullaba con voz aguda, hecho un ovillo y con las manos llenas de sangre engarfiadas en la barriga. Por lo visto, ni siquiera recordaba que tenía una rodilla hecha migas.

Max detuvo el auto en un paraje solitario. Descargó un puntapié

a la cara de Toomey y gruñó:

—¡Deja de gritar, hijo de perra!

—¡Un médico... me muero...!

—Eso sí que puedes jurarlo. Pero no hay médicos para ti hasta que hayamos charlado un poco.

—¡No puede... hacerme esto...!

—No tienes ni idea de las cosas que puedo hacerte, Toomey. ¿Dónde está la rubia Edith? Porque imagino que debías llevarme a su escondrijo como obsequio de Navidad, ¿eh?

—¡Un... médico...!

—Estás perdiendo mucho tiempo y mucha sangre. Tus amigos me dijeron que allí donde ibas a llevarme alguien pensaba hacerme tiras. Supongo que la rubia quiere la revancha, así que dime dónde está esperándonos y tal vez me decida a llamar un médico. Yo no tengo ninguna prisa, todo depende de ti.

—¡Maldito...!

Max alargó la pierna y apoyó el pie sobre la rodilla destrozada de Toomey. Hizo presión y el asesino lanzó tal alarido que hasta el coche se estremeció.

Toomey, no te equivoques conmigo. Voy a hacer que chilles pidiendo que te mate si no hablas antes. No me enternecerás con tus quejas ni con tu sangre, ¿sabes, compañero? Quizá porque a mí me hicieron cosas peores en Vietnam, antes que me rescataran... Quiero decir que no guardo muy buenos sentimientos hacia el género humano a estas alturas, así que a ti te toca decidir.

Esperó. Los quejidos del criminal eran más débiles, pero el dolor le desencajaba los músculos de la cara convirtiéndola en una máscara.

Sus ojos desorbitados intentaban ver las facciones de su verdugo a la luz del salpicadero del coche.

Le vio encender un arrugado cigarrillo con dedos firmes. No parecía tener maldita prisa...

—¡Lo diré... puerco...! —jadeó.

—¿Dónde?

—Una casa... en Keeaton Street...

—¿Dónde está eso?

—En Universal City.

—¿Cuál es el número de la casa?

—Mil ciento nueve... y ahora llame un médico, haga algo...

Max chasqueó la lengua.

—Tienes las tripas hechas unos zorros. Ningún médico puede reparar eso.

Un sordo rugido brotó de la garganta del herido. Sollozó, sintiendo que la muerte se enseñoreaba de él a pasos de gigante.

—Ayú... deme...

—¿Para qué? Piensa en el muchacho que ametrallaste con la «Stein», en aquellas mujeres que recibieron el plomo, sin más ni más.

Abrió la portezuela. El cuerpo de Toomey rebotó en la acera y aún encontró fuerzas suficientes para lanzar un largo alarido que vibró como un clarín en el silencio nocturno.

Aún estaba aullando cuando el coche se alejó como una sombra. Continuaba bramando cuando el primer patrullero llegó, y siguió quejándose la mayor parte del trayecto hasta el hospital.

Antes de que los médicos le pusieran las manos encima dejó de existir. Estaba muerto.

CAPÍTULO X

Era casi al alba cuando Edith oyó el deslizarse de unas llantas en la calle y se incorporó.

—¡Ya está aquí! —exclamó.

Zarandeo a su amante hasta que éste abrió los ojos.

—¡Vístete! —dijo, excitada—. Ya lo tenemos aquí.

El saltó de la cama y empezó a vestirse apresuradamente, mientras Edith se precipitaba a la ventana, impaciente por ver a Ernie Toomey arrastrar a su prisionero hasta la casa.

—No lo entiendo —masculló—. He oído detenerse un coche...

—¿Qué pasa, no hay nadie?

—No...

—¿Y para eso me has sacado de la cama, a estas horas?

—Precisamente por ser esta hora he creído que era él. No creo que los vecinos respetables de este barrio regresen de juerga cuando casi amanece...

—¿Es que no dormías?

—No he pegado ojo en toda la noche, esperando... esperando... ¡Malditos sean! ¿Por qué tardan tanto?

El estaba casi vestido. Miró con cierta preocupación a la esplendorosa rubia y refunfuñó:

—A veces creo que estás mal de la cabeza. Si el tipo te golpeó, está bien, capítulo cerrado. Tenemos un millón debajo de la cama. Suficiente para olvidar un par de golpes. Sin embargo tú solo piensas en cortarlo a tiras...

—Y lo haré —rechinó Edith.

—Voy a preparar café, ya que me sacaste de la cama.

Ella apagó la luz y le siguió hacia la cocina.

De pronto, él se puso rígido, parándose antes de entrar en ella.

—¿Oíste? —susurró—. ¿Qué?

—Alguien intenta forzar la puerta de atrás.

Escucharon conteniendo el aliento. Así pudieron oír un leve chasquido. Sin ninguna duda estaban hurgando en la cerradura.

Edith se deslizó hasta una ventana lateral y atisbo con cautela. Vio la sombra de un hombre inclinado ante la puerta...

Cuando volvió al lado de su compañero sus dientes rechinaban como los de una fiera.

—¡Es él! —jadeó—. ¡El maldito hijo de perra que me golpeó!

Burton quedó helado. El color huyó de sus mejillas.

¿Estás segura?

—Sí.

—Debe haber obligado a Ernie a delatarnos... ¿Qué hacemos ahora?

Ella dio un respingo.

—¿Y lo preguntas? Vamos a recibirlo con los brazos abiertos...

Echó a correr hacia el dormitorio y con gestos frenéticos sacó una pistola del cajón de la mesilla.

Burton la contempló desde el umbral. Estaba lívido.

—Es mejor escapar de aquí, antes que nos cace —balbuceó—. Por lo que contaste de él, es un profesional...

—¿Escapar? ¡Maldita sea! Le quiero a él, y te juro que lo tendré para hacerle pagar lo que me hizo. ¿Es que tienes miedo?

—No, pero...

—¡No, pero...! Nunca pensé que fueras un cobarde, querido... sólo que debí imaginarlo cuando vi la maña que te dabas para que fuera Ernie quien hiciera los trabajos duros. ¡Aparta de ahí!

Le dio un despectivo empujón y pasó por su lado como una furia desencadenada. Casi desnuda como estaba, se le antojó a él una visión de pesadilla, armada con la pistola y gruñendo entre dientes.

Estaban a mitad de camino de la cocina cuando oyeron cómo se abría la puerta posterior.

Ella se detuvo en seco.

—Tenías una pistola —gruñó—. No te quedes ahí como un poste, idiota...

—Aún tenemos tiempo, Edith. Vámonos de aquí. —¡Tienes más miedo que una mujerzuela...!

Algo se movió en la cocina. Unos pies cautelosos, apenas audibles, tanteando para no tropezar con los muebles.

Edith levantó la pistola. Cuando una confusa sombra se movió

cerca del umbral tiró del gatillo.

El estruendo hizo temblar los cristales. Un revólver tronó como respuesta y el ominoso zumbido del plomo la obligó a saltar atrás.

La voz de Max ordenó:

—¡Tira la pistola, Edith! No tienes escapatoria. Ernie está muerto y sus pistoleros también. ¿Piensas entablar un combate tú sola?

—¡Puerco! Ven a buscarme...

Miró en torno, llena de odio. Vio a Burton quieto, petrificado. El susurró:

—Ni siquiera sospecha que yo existo...

—¿Y qué?

Max volvió a gritar:

—¿Qué decides, rubia?

Por toda respuesta, ella hizo otro disparo. Algo se hizo añicos dentro de la cocina. Oyó la risa del asaltante y eso la enfureció hasta el delirio. Apretó el gatillo dos veces. La pesada pistola saltó en su mano, escupiendo plomo.

Esta vez Max permaneció mudo. Ella se volvió hacia Burton para exigirle que tomara parte en la batalla.

Sólo que su amante había desaparecido.

Sintió una oleada de cólera. Un odio infinito contra el cobarde que la abandonaba, cuando más necesitaba de él.

Retrocedió pegada a la pared hasta salir de la posible línea de tiro del asaltante. Entonces echó a correr hacia el dormitorio segura de adivinar las intenciones de su cómplice.

Le vio encaramado a la ventana llevándose el maletín con el dinero. Dio un grito y disparó.

Lo hizo precipitadamente, y falló. Pero él soltó el maletín antes de tirarse de cabeza al jardín, donde echó a correr como un gamo.

—¡Perro! —chilló Edith.

Dio un puntapié al maletín tratando de devolverlo al escondite. Una voz, tras ella, dijo:

—Llámame como quieras, pero suelta ese cañón antes de que...

Se revolvió como una pantera, disparando al mismo tiempo. Sólo ansiaba matar.

Max se zambulló en el aire, con el plomo zumbando a su alrededor. Cuando rebotó en el suelo levantó el «38» y efectuó un

solo disparo.

La oyó gritar, y luego la mujer golpeó la pared con la espalda.

—¡Estúpida del demonio...! —dijo, levantándose.

Esa confianza por poco no le costó la vida. Edith hizo otro disparo y la bala alborotó los cabellos de Max. Luego, el percutor de la pistola falló al trabarse el cierre por falta de cartuchos.

—¿Y ahora qué, tigresa? —refunfuñó.

Tanteó la pared hasta encontrar la llave de la luz.

Edith estaba caída en el suelo, aún empuñando la ya inútil pistola. Sus muslos cremosos, las largas piernas y los firmes pechos acusaban los estremecimientos de la agonía, mientras un reguero de sangre se deslizaba brotando por debajo del seno izquierdo.

—¡Condenada loca...! —barbotó Max, inclinándose sobre ella.

Los ojos vidriosos le miraron con todo el odio del infierno burbujeando en ellos. Hizo una mueca de disgusto y miró en torno hasta localizar el teléfono.

Estaba llamando al hospital cuando oyó la primera sirena de la policía aproximándose.

Antes que llegaran los primeros patrulleros aún tuvo tiempo de telefonar al teniente Trivett.

Cuando los agentes del auto-patrulla irrumpieron en la casa, Max estaba sentado en el borde de la cama, fumando un cigarrillo, y contemplando con melancolía el millón de dólares que contenía el abierto maletín.

Trivett cerró el maletín y suspiró.

—Ver todo ese dinero me pone enfermo —dijo, sombrío.

Se apartó para dejar paso a los enfermeros de la ambulancia que se llevaban el cadáver de Edith. Al volverse sorprendió a Max revolviendo el armario.

—Se supone que ésa es tarea de los polizontes —rezongó—. ¿Qué diablos esperas encontrar? Tienes el dinero, ya has despachado a cuántos estaban metidos en el secuestro, y te acabas de ganar medio millón de dólares. Entonces, ¿qué necesitas más, algo suelto para el autobús?

—Estoy convencido de que había otro tipo mezclado en el caso. Y casi juraría que estaba aquí cuando yo llegué. Oí rumor de voces, y no creo que esa pájara hablara sola.

—No lo compliques, por favor. Vamos a cerrar el caso, y ya

tendré un trabajo endemoniado justificando la muerte de esa mujer. ¿O quieres cargarte a alguien más para llenar tu cupo?

—Los sarcasmos no te ayudarán...

Encontró un bolso en el estante. Lo abrió, vaciando su contenido sobre la cama.

Los dos se inclinaron sobre la colección de chucherías que apareció. Luego, ambos, como obrando guiados por el mismo impulso, lanzaron la mano hacia la fotografía. Trivett llegó primero y la contempló.

La rubia Edith aparecía en compañía de un individuo apuesto, sonriente y elegante. Estaban sentados en una terraza de algún restaurante de la costa, porque al fondo se veía el mar y dos veleros navegando perseguidos por su propia estela.

—Quizá sea éste —dijo Max.

—¿Le conoces?

—No lo he visto en mi vida.

—Trataré de que le identifiquen. Pero aunque sólo sea por un instante, piensa que puede ser cualquiera de los muchos admiradores que esa fulana debió tener.

—Claro, ya sabemos que no fueron pocos. Y llamarlos admiradores es buscarle tres pies al gato.

Trivett se guardó la fotografía. Max atrapó el maletín rebosante de dinero y gruñó:

—Te veré en tu oficina. Supongo que necesitarás declaraciones firmadas y selladas, por triplicado y...

—Largo.

—Te invitaré a cenar una de estas noches.

—Con medio millón puedes hacerlo.

Max abandonó la casa. El sol estaba ya sobre los tejados y los policías mantenían a distancia a la multitud de curiosos que se habían congregado en la acera.

Puso en marcha el «Mercury», mirando con disgusto las manchas de sangre que ensuciaban la tapicería. Tomó rumbo a Hollywood Hills y por primera vez pensó en el destino del medio millón de dólares. Iba a ser todo un problema gastar tanto dinero... O quizá no.

Delante de la entrada de la residencia de los Stone había un largo y hermoso «Jaguar» de cuatro puertas, último modelo. Era

todo un coche y lo admiró, mientras subía los peldaños del porche.

Una sirvienta le guió hasta la biblioteca. Dejó el maletín sobre una mesa y encendió un cigarrillo.

Casi no había apurado del todo cuando apareció el millonario.

—¿No es muy temprano para ti, Max? —preguntó con ironía.

—No me acosté en toda la noche, señor.

El viejo enarcó las cejas. Una sonrisa asomó a su cara llena de arrugas.

—Supongo que no te inquietaría la compañía de Fran...

—Fue otra cosa, señor. Le he traído el dinero.

—¿Todo?

—Ahí lo tiene.

—Bueno, la mitad es tuya ahora, Max.

—No estoy muy seguro de que deba aceptarlo. Louis Stone suspiró.

—Acabamos de tener una escena con mi hija y su prometido. Yo no sabía que habían roto su compromiso. Quiero decir que ella acaba de decirle con todas las letras que cuanto antes deje de verle, tanto mejor. Y tú tienes parte de culpa, amigo mío.

—Escuche, yo...

—Sí, ya sé. Pero lo que quiero decir es que vas a necesitar algún dinero para empezar tu vida con Fran.

—Lo tiene todo calculado, ¿eh?

—Nunca llega uno a pensar en todo. Bien, después nos ocuparemos del dinero. Voy a ver si han suspendido las hostilidades ahí dentro y puedo despedir al pobre Eddie sin demasiados traumas.

Antes que llegara a la puerta, ésta se abrió con violencia y entró la muchacha. Su cara sombría se iluminó al ver a Max.

Detrás de ella apareció su exnovio, que se detuvo en el umbral.

—Quisiera que usted le hiciera comprender que...

Max saltó hacia él como impulsado por un resorte. Su puño derecho zumbó antes de explotar contra la cara de Eddie Gibbons.

La muchacha dio un grito. El señor Stone se quedó boquiabierto, incrédulo.

El exnovio voló materialmente antes de aterrizar fuera de la biblioteca.

Max fue de nuevo hacia él, le atrapó por las solapas y levantándole le sacudió un revés que casi le giró la cara hasta la

nuca.

—¡Maldito bastardo del demonio! De modo que eras tú...

—¡Suélteme...! ¿Quién es ese loco?

A empujones le lanzó dentro de la estancia. Fran era incapaz de hablar. El millonario dijo, indignado:

—¡Ya basta, Max! No olvides que estás en mi casa.

—¡Oh, seguro que no lo olvido! Dime una cosa, Fran, ¿cuándo rompiste tu compromiso con este figurín?

—Hace semanas... dos o tres. Fue antes de que él se marchara a Nueva York.

—Cualquiera puede simular que llama por teléfono desde una ciudad lejana. Este tipejo no ha salido de Los Ángeles en todo el tiempo, preciosa.

—¿Cómo se atreve...?

La voz de Eddie se ahogó.

Max le dio otro revés con tanta fuerza que el tipo cayó sentado sobre la alfombra.

—¡Estúpido! La policía tiene una fotografía de la pantera rubia en la que apareces a su lado, los dos amartelados en la costa. Y han *levantado* todas las huellas dactilares de la casa, y nadie usa guantes de modo permanente, así que las tuyas estarán allí. Y quizá hasta en ese maletín.

Eddie vio el maletín del dinero. Un sordo quejido escapó de su garganta. Implacable, Max aún le espetó:

—Siempre tuve el convencimiento de que todo este maldito asunto no era cosa de profesionales... Bueno, sólo dile a la mujer que quisiste asesinar por qué organizaste toda la tramoya.

Eddie se cubrió la cara con las manos, sentado aún en la alfombra. Por el mentón le escurría la sangre de sus labios rotos.

El viejo señor Stone balbuceó:

—¿Es cierto eso, Eddie? ¡Por el cielo, responde!

El movimiento de asentimiento fue casi imperceptible.

Fran corrió a refugiarse en brazos de Max. Estaba pálida y asustada.

Stone insistió:

—Pero ¿por qué? No puedo comprenderlo, Eddie... ¿Por qué algo tan sórdido, tan bajo como atentar contra nosotros?

—Arriesgué dinero que no era mío en la Bolsa... lo perdí todo...

—Y al romper con Fran perdiste la posibilidad de recuperarte —rechinó Max—. Necesitabas dinero en grande, y rápidamente... Vaya rata —terminó, con voz despectiva.

Besó ligeramente a la muchacha y se dirigió al teléfono.

Cuando acabó de hablar con la policía, Eddie se había sentado en una butaca y tenía la mirada perdida, como si contemplara una visión de pesadilla que sólo él pudiera ver.

Con acento apenado, el anciano murmuró:

—¿No se te ocurrió pedirme ayuda, pobre tonto? Yo no te hubiera dejado en la estacada...

—Era demasiado dinero. Y ella dijo... Edith lo planeó, íbamos a huir a Brasil...

—Edith —rechinó Max entre dientes—. ¿Sabes que también ha muerto? Ahora comprendo a quién llamó perro cuando estaba junto a la ventana. Debió llamarte rata, por abandonar el barco que se hundía... Ni siquiera tuviste valor para luchar a su lado. Por lo menos ella peleó como una pantera hasta el final.

De nuevo, Eddie se cubrió la cara con las manos.

Así le encontraron los policías, y después el teniente Trivett.

—Si no hubiera sido por la foto —dijo éste—, el tipo se habría reído de todos nosotros.

—Llévatelo de aquí, Larry —gruñó Max—. Siento tentaciones de aplastarlo.

—Tómalo con calma. Por lo menos, a éste le cazaste vivo...

Hizo una seña a sus hombres y éstos se llevaron al hundido Eddie. Minutos después, Trivett les siguió, y sólo entonces Fran se dejó dominar por los nervios y ocultando la cara en el hombro de Max estalló en sollozos.

Su padre enarcó las cejas, un tanto perplejo. Le sonrió a Max y dijo con sorna:

—Ahora recuerdo que tengo algunas cosas que hacer... Cuídala, amigo mío. Es lo que más quiero en este mundo.

—Yo también, señor.

—Tendrás tiempo de demostrarlo.

Se cerró la puerta y quedaron solos, abrazados.

Max tenía sus propias ideas sobre la manera de cuidar de una muchacha como aquélla, de modo que la levantó en brazos y empezó a besarla como un loco.

Así llegaron al diván. Para tenderla sobre él hubo de apartar el maletín, que fue a parar sobre la alfombra, donde se abrió.

Un millón de dólares se desparramó por el suelo.

Desde los billetes, las caras de varios presidentes de los Estados Unidos miraron asombrados aquel juego lleno de ternura que se desarrollaba en el diván...

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANJA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

